

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS

ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Simiés de Marco.

Leyenda segunda.

(CONTINUACION).

Eran dos niños que pasaban los días jugando entre el estruendo de la guerra.

María era una criatura maravillosa: «unia—dicen los biógrafos—á la mas rara hermosura el mas claro talento y el juicio mas sólido y perfecto.—Era espléndida en todo, benéfica, risueña y amable.»

Su esposo era su verdadera antítesis: falso y desconfiado, era tan inconstante como cruel: y aquel príncipe que no poseía virtud alguna no era capaz tampoco de apreciar las de su esposa.

Dos meses despues de tenerla á su lado, le rogó se volviese á París; pero María, con una prudencia muy superior á su tierna edad, le hizo ver los inconvenientes de tal medida y le suplicó con entereza que, ya que no por amor, al menos por decoro la dejase á su lado.

El delfín, á pesar de su carácter poco noble, se sonrojó ante el digno razonamiento de su esposa y consintió en que permaneciese con él; pero pronto le dió á probar los mas amargos sinsabores galanteando, no solo á todas las damas de la nobleza, si no tambien á todas las villanas de alguna hermosura.

María no se quejó: antes bien, aparentó ignorarlo todo: pasaba el tiempo socorriendo á los menesterosos ú ocupándose en las labores de su sexo á que era en extremo aficionada.

Cuatro años despues de su casamiento, dió á luz á su primer hijo que fué el avaro, cruel y sanguinario Luis XI y solo Dios puede explicar como en el seno de tan santa y dulce madre halló vida semejante monstruo de hipocresía.

Durante diez años, siguió María la vida aventurera de su esposo: en Bourges, y á principios del

DICIEMBRE.

año de 1422 dió á luz á su primogénito y luego tuvo once hijos mas, de los cuales algunos fueron presa de la saña de su hermano mayor y otros ocuparon los tronos de diversas naciones.

Cuando Juana d'Arc salió para ir á auxiliar al delfín, hallábase este con la delfina, sus hijos y su corte en Chinon.

Tenia entonces Carlos VII unos veinte y seis años: veinte y cuatro su esposa y seis el príncipe Luis, su hijo mayor.

Juana atravesó con su pequeña comitiva un espacio de ciento cincuenta leguas: *durante tan largo viaje,—dice un historiador—asistia siempre que le era posible á oír misa, distribuyendo además muchas limosnas.*

Juana entró en Chinon por la tarde y al tiempo mismo que el delfín sostenia con su esposa una acalorada disputa.

Carlos VII, cansado ya de luchar con el destino, habia decidido retirarse al delfinado, única parte de la Francia que se le conservaba adicta y así lo participó á su esposa, añadiendo que se ocupase de los preparativos del viaje.

El carmin de la vergüenza vistió el hermoso rostro de María al oír aquella órden vergonzosa.

—Y qué, señor! exclamó: ¿abandonareis así á los ingleses el trono de vuestro padre, que es la herencia de vuestros hijos? ¿Y pensais acaso que estareis por mucho tiempo seguro en el delfinado?

—¿Pero qué quereis que haga, señora, repuso el rey con acritud.

—Qué! ¡Combatir mientras tengais un solo soldado! No comprendo, señor, un rey sin trono y sin corona! A los demás mortales les queda, sean cualesquiera sus desgracias, el título de hombres: el rey destronado es un ser que no pertenece á ninguna raza humana y que es mirado con razon como un miserable paria.

Carlos iba á contestar con mucha amargura sin duda, cuando un heraldo pidió su vénia para introducir á un mensajero del gobernador del Vaucouleurs: y mas bien para librarse de las justas objeciones de la delfina, que por otra causa, mandó que compareciese ante él.

El mensajero, que era uno de los caballeros que acompañaban á Juana, presentó al delfín la carta de Beaudricourt, en la cual le decia que le enviaba

á aquella mujer extraordinaria, por si, como ella aseguraba, podía socorrerle.

Cárlos despidió al mensajero diciéndole que ya daría su respuesta y quedó pensativo.

—Por qué dudais, señor? le dijo la delfina: recibid á esa jóven.

—Bah, señora! Estais loca! repuso con desden el delfin: ¿pensais acaso?..

—Pienso, señor, que estamos perdidos; respondió María moviendo su hermosa cabeza, y que no debéis desear ningun recurso, por débil que os parezca; y pienso además que, al menos para recompensar el celo del leal Beaudricourt, debéis recibir á esa mujer.

Cárlos no hizo caso, segun su costumbre, del dictámen de su esposa: convocó su consejo; y fué tal su irresolución, á pesar de ser la opinion general que debía ser recibida la jóven guerrera, que le tuvo reunido dos dias con sus noches sin dar respuesta alguna.

Decidióse por fin, á admitirla á su presencia y al momento se pasó aviso á Juana, quien respondió que seguía los pasos del enviado del delfin.

VIII.

La curiosidad fué lo que movió principalmente tanto á Cárlos como á los consejeros á que Juana fuese recibida.

—Monseñor, dijo uno de ellos al delfin: si me atreviese daría un consejo á V. A.

—Habla, contestó el delfin.

—¿No parece á V. A. un excelente medio de probar el don de adivinar de esa jóven el quitarse V. A. su traje y sus insignias y ponerse otro mas modesto?

—Si, por cierto; contestó Cárlos, y lo voy á hacer.

Y esto diciendo entró en su cámara en la cual trocó su traje de terciopelo celeste, guarnecido de martas, por una túnica de terciopelo rojo y una cadena de oro, que era el traje de sus consejeros.

Apenas acababa de salir y de confundirse entre los cortesanos, apareció Juana.

Las fatigas del viage habian vestido el semblante de la pastora de una suave palidez y hacian parecer de un negro mas hermoso sus grandes ojos y los espesos rizos de su soberbia caballera.

Quedóse á la puerta del salon su pequeña comitiva y Juana se adelantó sola con marcial y gracioso continente yendo á arrodillarse, sin titubear, á los piés de Cárlos VII.

—Mirad, niña, que os equivocais; le dijo un anciano consejero para hacer aun mas eficaz la prueba á que querian sugetarla: ese no es el delfin:

Juana nada contestó; é hizo como sino hubiera oido esta observacion: elevó sus rasgados ojos hasta el semblante de Cárlos VII y le dijo con voz clara y dulce estas palabras que nos ha transmitido la historia.

—Monseñor, yo soy Juana d'Arc y el Rey del cielo me envía en vuestro socorro.

—Dónde me has visto? preguntó Cárlos que de-

voraba con los ojos las perfecciones de la bella guerrera y conociendo que era ya inútil el disimulo.

—En ninguna parte, monseñor, contestó la doncella; es decir, añadió como rectificando sus palabras, no os he visto en ninguna parte de la tierra.

—En dónde, pues?

—Solo en mis sueños.

—Tal como soy?

—No, monseñor; respondió Juana con una nobleza y sinceridad que llenaron de pasmo á todos los circunstantes: no, prosiguió: ví en sueños la bella figura de V. A. con sus ojos azules y su cabellera rubia; pero la ví mejor de lo que es.

—Qué dices?

—Digo que el delfin, que yo ví en mis sueños, tenía mas noble la frente y mas valerosa la mirada, y que temo que el delfin, que ahora veo, se desanime con los obstáculos, ó mejor dicho, que esté desanimado ya; pero, no obstante, si os dignais darme gente de guerra, por la gracia divina y á fuerza de armas, yo haré levantar el sitio de Orleans y os conduciré á Reims para ungiros, á pesar de todos vuestros enemigos.

La alegría centelleó en los ojos de Cárlos VII: para aquel príncipe débil, supersticioso é indolente, cualquier socorro era un acontecimiento feliz: no obstante, disimuló su regocijo, bajo un aspecto glacial y dijo á Juana con acritud:

—Jóven, ante todo, habrás de someterte á ser examinada por cuatro prelados, pues los príncipes y valerosos capitanes, que me son adictos, no querrán seguir ni obedecer á una villana como tú, si, como pretendes, no te asiste algun don sobrenatural.

—Haré cuanto sea del agrado de V. A. monseñor; respondió la doncella con humildad: en cuanto á lo que he dicho á V. A. lo he hecho por orden del Rey del cielo, cuya voluntad es que los ingleses se retiren á su pais, y os dejen pacíficamente en vuestro reino, como su verdadero, único y legítimo heredero que sois.

—Y nada mas tienes que decirme?

—Una sola cosa, monseñor.

—Habla.

—Aun os tengo que decir que, si ofreceis á Dios el reino que vais á recobrar, le conservareis mucho mas grande y floreciente que todos vuestros predecesores.

—Basta! dijo ásperamente el delfin que habia consentido en que la doncella estuviese hablándole de rodillas: ¡basta! levántate y vete!

Y, volviéndose al concurso, añadió:

—¡Para dentro de dos horas un concilio de cuatro prelados y cuatro doctores que examinen si esa villana es efectivamente una enviada del cielo!

Dicho esto, se volvió á su cámara.

Juana iba á salir tambien del salon; pero se la mandó detener con guardias de vista.

Dos horas despues se reunió el concilio en el mismo salon donde se hallaba Juana: la delfina María obtuvo permiso para asistir á él; y despues de siete horas de un interrogatorio, tan vergonzoso para la pobre Juana como doloroso para la delfina,

aquella fué declarada dotada de una instruccion muy superior á su estado y nacimiento, y sobre todo, iluminada por la inspiracion divina.

IX.

No acabaron aun con el concilio las dudas de los cortesanos del delfin ni los padecimientos de Juana.

El parlamento de Poitiers persuadió al débil Carlos VII de que debía enviarle á la doncella para examinarla á su vez, y el delfin la mandó partir sin detencion alguna para aquella ciudad.

Obedeció Juana y salió de Chinon acompañada de sus dos hermanos que, menos fuertes que ella, montaban en cólera á cada una de estas humillaciones.

Pero la jóven los consolaba y, cuando los veia calmados, les rogaba que tuviesen paciencia por su amor.

Reunióse el parlamento para recibirla, y el presidente le ordenó con voz grave que se acercase al estrado que ocupaba.

—Jóven, le dijo: te hemos llamado conociendo que has conseguido alucinar al delfin con tu astucia, y te mandamos que des algun valor á tus revelaciones haciendo algun milagro.

—Señor, respondió Juana: yo no soy una santa; soy, por el contrario, una criatura pecadora, y, por lo tanto, no tengo el poder de hacer milagros: disponed que me conduzcan á Orleans y allí daré señales indudables de mi mision.

—Pero, niña, ¿ignorais que Dios puede salvar á la Francia sin emplear el ejército? dijo el presidente.

—No, señor, contestó la doncella alzando al cielo sus aterciopelados ojos: no, señor. Sé que Dios es todopoderoso y que para nada necesita de los débiles mortales; mas sin embargo, *las gentes de armas combatirán en mi Dios, y el Señor dará la victoria.*

Al pronunciar Juana estas palabras de la Escritura, un rayo de luz divina brotó de sus ojos, y una sonrisa celestial entreabrió sus labios.

El parlamento se levantó en masa; y, sin mas dudas ya, el presidente escribió al delfin que viniese sin tardanza á Poitiers para despachar á la pastora, pues era cierto que estaba encargada de una mision divina.

Tal creencia no era extraña en aquellos tiempos supersticiosos y casi bárbaros. Juana misma y, como ella, cuantos la rodeaban, tomaban la luz de su fé por revelaciones del cielo, y fué inmenso el entusiasmo que despertó cuando se convencieron de que efectivamente estaba iluminada por Dios.

Llegó el delfin á toda prisa acompañado de todos los caballeros que aún le eran adictos; é inmediatamente mandó que se preparase la comitiva que debía acompañar á Juana.

Cuando todo estuvo dispuesto, el delfin mismo le presentó una rica espada.

—Tomad, Juana, le dijo; y ¡ojalá que Dios la bendiga para que podais contribuir con ella á la salvacion de la Francia!

—Monseñor, respondió la doncella, acepto la espada que me ofrece el rey de Francia, pero no puedo combatir con ella; para este uso mandadme traer otra que está en un sepulcro, situado detrás del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois.

Cárlos dejó escapar un grito de asombro. Santa Catalina es un pueblecillo inmediato á Tours, y nadie mas que él sabia que detrás del altar mayor de la iglesia estaba enterrado un caballero, leal servidor de su padre, y mandado asesinar por el duro y feroz Juan de Borgoña.

El señor de Lore marchó en seguida á traer la espada del difunto Messire Enguerrand de Troilles: acompañábale un capellan y pronto volvieron ámbos con el sagrado depósito.

La espada tenia grabadas en la hoja una cruz y tres flores de lis: el puño estaba cuajado de pedrería.

Cárlos VII ciñó la espada por su mano á la doncella que partió al instante para Blois, acompañada de los señores de Retz y de Lore, de muchos escuderos y pajes para su servicio, y de algunas tropas disponibles que guarnecian á Poitiers.

Sus hermanos no se separaban de ella.

El castillo real de Blois se abrió para acoger bajo sus muros á la hermosa pastora y á toda su comitiva, y se pregonó á son de trompetas que era la enviada de Cárlos VII, y que todos los habitantes de la ciudad debian rendirle auxilio y vasallaje para llevar á cabo su heroica empresa.

No bien se hubo instalado Juana en el castillo, envió un heraldo al rey de Inglaterra con una carta dictada por ella misma y en la cual le intimaba, *en nombre del Rey del cielo*, que levantase el sitio de Orleans y que devolviese al delfin Cárlos las ciudades que habia tomado, ofreciéndole la paz bajo estas condiciones.

Pero en vano se esperó al heraldo con la respuesta: el rey de Inglaterra y su tío el duque de Bedford se rieron del mensaje: mandaron prender al mensajero y, cargándole de cadenas, le hicieron sepultar en una prision.

X.

Era una fria y nebulosa mañana de Otoño.

Juana vestida con una bata de terciopelo liso, se hallaba en su cámara hablando con su hermano Nicolás, que llevaba su traje de soldado y miraba á la doncella con tristeza.

—Puesto que te empeñas en saber mi secreto, Nicolás, dijo Juana con acento conmovido y melancólico, te lo revelaré: mi corazon se aliviará quizá del peso que le oprime cuando le haya depositado en el tuyo.

—Habla, contestó Nicolás; y cree que para que tu secreto salga de mi corazon tendrian que abrirme primero.

—Pues bien, hermano mio, repuso Juana bajando la voz y los ojos; yo amaba al delfin!

—Qué dices! exclamó con terror el soldado: amar tú al delfin!... ¿No sabes que es tu soberano y además que es el esposo de otra?

—Lo sé, contestó Juana; pero repara en que he dicho que le amaba, y ahora debo añadir que ya no le amo.

—Pero...

—Yo ví un retrato de Carlos VII! prosiguió Juana como hablando consigo misma: una viajera que cruzó por el bosque un día que estaba yo guardando mis cabras, le dejó caer: mira!

Y Juana al decir estas palabras, sacó de su pecho un medallón guarnecido de perlas y diamantes.

Representaba al delfín; pero no al delfín que había visto Juana con sus ojos, apagados por las orgías, con su ya arrugada frente y con su sonrisa helada y cruel, no: el rico medallón encerraba una figura encantadora: un semblante varonil y expresivo, iluminado por dos grandes y brillantes ojos azules, y por una sonrisa franca y expresiva á la par.

En suma, había retratado al príncipe un pintor que le había visto cuando era hermoso, y le había retratado además para una de sus mancebas.

En nada se parecía aquel delicioso busto vestido de terciopelo negro que hacía un delicioso contraste con los gruesos bucles de su hermosa cabellera, al enfermizo, débil y prosaico esposo de la bella, de la dulce y virtuosa María de Anjou.

—La viajera era hermosa, muy hermosa! prosiguió Juana: montaba un blanco palafren, quizá para gozar de aquel risueño día, y detrás la seguían algunos criados conduciendo una litera: cuando, después de haber pasado la comitiva, ví brillar sobre la yerba este medallón, corrí en vano para alcanzar á la bella dama y poder devolvérselo; ya no los distinguía mas que como unos puntos lejanos que se perdían en el horizonte y me resolví á guardarlo.

—¿Y cómo no nos dijiste nada en casa? preguntó el soldado severamente; tú, tan ingenua, tan sincera, tan inocente, ¿por qué callaste á nuestros padres ese extraño hallazgo?

—¿Lo sé yo acaso, hermano? repuso Juana con tristeza. Dios, que dispone del destino de todas sus criaturas, dispuso que el mío me impeliese á amar á mi soberano: pero su diestra ha sostenido mi razón y me ha hecho conocer quien es el hombre á quien, sin conocerle, había consagrado todos los latidos de mi corazón.

Durante siete meses, prosiguió Juana, he estado mirando este retrato á todas horas; y cuando oía contar las desgracias de este príncipe; cuando me decían que iba perdiendo palmo á palmo el reino de su padre, que todos le abandonaban, que las ciudades se cerraban á su paso, mi corazón se destrozaba y ardía en sed de conquistarle otra vez ese reino que Dios le ha dado y esa corona que aún no han ceñido sus sienes.

—Oh! exclamó Nicolás, cuyos grandes ojos pardos despidieron una lágrima que hacía algunos minutos temblaba en sus pestañas y que fué á perderse en la rizada espesura de su negra barba. Oh, hermana! tus éxtasis, tus visiones, que hasta nuestros viejos padres creían avisos del cielo, ¿no eran

mas que las culpables exaltaciones de tu amor?

—Quizá tengas razón, Nicolás, repuso la doncella dejando caer los brazos con un abatimiento tan doloroso, que su hermano olvidó la severidad para dar lugar á la compasión: sí, continuó Juana: en un principio fué solo el amor lo que exaltó mi fantasía; luego empecé á odiar á los ingleses, como á usurpadores y enemigos de mi patria; y ahora, que mi amor ha muerto, queda vivo é inextinguible mi deseo de salvar á la Francia.

—¿Me dices la verdad, Juana? exclamó el soldado tomando las manos de la jóven que estrechó con fuerza entre las suyas: ¿ha muerto ya ese funesto amor en tu corazón? Ah! dime que sí! porque amar á los reyes es una ofensa mortal que se les hace, á no ser que el hombre, á quien llaman rey, tenga el corazón mas noble y mas grande que su corona misma!

—Te digo la verdad, hermano: mi amor no existe ya, ó si existe, es solamente como el recuerdo hermoso de un sueño lejano; guarda ese medallón, continuó la jóven; ya no le necesito: el delfín Carlos ha muerto para mí, y yo no puedo amar al rey Carlos VII.

—Gracias, hermana, dijo el soldado sin ver dos gruesas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Juana y que ella se apresuró á enjugar.

—Hablemos de la guerra, repuso la doncella, después de seguir con ávida mirada los movimientos de su hermano que guardó el medallón bajo su cota de malla: hablemos de la guerra, Nicolás, que es lo que mas debe interesarnos: ¿cuándo estará pronto ese gran convóy que sale para Orleans y que debe llevar víveres á los pobres sitiados?

—Dentro de dos días, respondió Nicolás.

—Bien está; nosotros le escoltaremos.

—Nosotros?

—Sí: ¿no tenemos ya un ejército de diez mil hombres que nos es adicto?

—Es verdad: esas son las fuerzas que se nos han reunido en el corto término de algunos días.

—Dios proteja á la Francia! ¿No ves además cómo todos los sacerdotes de la ciudad se han agrupado en torno nuestro? Corre, prosiguió Juana levantándose y tomando las manos del soldado; corre, Nicolás; dí que para dentro de dos días estén preparados todos esos ministros del Señor: formarán un batallón sagrado; llevarán al frente una bandera que ostente el signo de nuestra redención, y partiremos á Orleans.

XI.

Eran las diez de la mañana y un hermoso y radiante sol iluminaba las calles de Orleans y sus habitantes, todos vestidos de fiesta, á pesar del hambre y los padecimientos que revelaban sus semblantes.

La gente discurría agitándose por todos los ángulos de la ciudad.

—Ah, pícaros ingleses! decía en una de las mas populosas calles un anciano de cabellos blancos, rodeado de un grupo de mercaderes: ¡ah, malditos!

Ahora vereis si no admitís mas condiciones que la de rendirnos á discrecion!

—Cuando pienso, añadió otro, que hemos pasado por la vergüenza de pedirles una capitulacion honrosa y que no han querido aceptarla!...

—Oh! Pero ahora viene Juana, ese ángel del cielo á quien bien podemos decir que se debe únicamente la salvacion de la Francia!

—Quereis creer una cosa? añadió un tercero cuya espantosa palidez casi asustaba.

—Qué?

—Que tengo mucha hambre; que mi mujer y mis hijos la tienen tambien; pero que mas deseo ver á la doncella que al convoy que conduce.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo tambien!

—Callad! exclamó el anciano ¿no ois ruido hacia la plaza mayor?

—Sí, sí! Y gritos! El pueblo se agita.

—Se oyen trompas!

—Y relinchos de caballos!

—Corramos! La doncella debe estar entrando en la ciudad!

El grupo de mercaderes echó á correr hacia la plaza mayor á donde le seguiremos nosotros para presenciar la triunfal entrada de Juana.

Cuando los mercaderes llegaron, aun no se veía en la plaza mas que el pueblo que corría alborozado tirando al aire sus sombreros y victoreando á la doncella de Orleans—así llamaban á Juana para darle esta tierna y espresiva muestra de su cariño.

Poco tardaron en apercibirse las banderas del ejército real y al instante empezó á verse la comitiva.

Marchaba delante el batallon sagrado, revestido con sus hábitos negros: uno de los sacerdotes, colocado á la cabeza, llevaba una bandera en la cual campeaba la imagen de Jesus crucificado.

Los ministros del Señor entonaban un cántico de alabanzas que el pueblo repetía entre lágrimas y gritos de entusiasmo.

Seguia luego Juana: vestía una rica armadura y agitaba en el aire su blanco oriflama con el glorioso lema. *Por Dios! Por la Francia! Por Carlos VII!*

Juana montaba un hermoso caballo blanco; su semblante retrataba el mayor entusiasmo y sus ojos estaban bañados de lágrimas.

A sus lados marchaban sus dos hermanos, escolta sagrada y natural que nadie habia intentado quitarle.

Los dos jóvenes vestían las armaduras de hierro de simples soldados y montaban fuertes caballos de batalla.

Detrás de Juana y de sus hermanos Nicolás y Gaspar, iban el magnánimo conde Dunois y muchos nobles señores y prelados de Francia, que componían la ya numerosa y brillante corte de la doncella: todos montaban soberbios caballos é iban rodeados de una nube de pajes y escuderos.

Seguían luego los carros del convoy, que eran diez, cargados de pan y víveres para la desgraciada

y heroica ciudad y de armas para su defensa, pues la extraordinaria prudencia de Juana hacia de ella el mas aventajado y humano general.

El convoy iba custodiado por gran número de soldados, que llevaban al frente la bandera de Francia con las tres lises de oro, como significando que aquel socorro solo al Delfin se debía.

Sin embargo, el indolente y cruel hijo de Carlos VI nada sabia de aquello, ni pensaba siquiera en su buena y fiel ciudad de Orleans.

Un ejército de diez mil hombres cerraba la marcha.

—Viva Juana! viva la doncella! gritó el pueblo con frenesí.

—Viva Carlos VII! gritó la heroína desenvainando la espada y haciéndola centellear en el aire.

—Viva! contestó el pueblo que tenia necesidad de aclamar á alguno.

¿Consentís, señora, en alojaros en mi casa? preguntó á Juana el tesorero del Duque de Orleans que formaba parte de su comitiva.

—Sí, señor; respondió la doncella, á condicion de que vuestra señoría ha de concederme dos cosas.

—Mandad.

—Es la una que me trateis con toda llaneza, porque no soy mas que una pobre pastora: y la otra que mis hermanos ocupen una habitacion próxima á la mia.

El tesorero se inclinó y dió orden de guiar hacia su casa.

Juana no quiso apearse sin ir antes á la iglesia para hacer oracion.

Cuando volvió á su alojamiento, seguida de su corte, de los gefes del ejército y del pueblo, se volvió hacia el conde de Dunois, que acudió á su mirada.

—¡Ese mensaje, por Dios, señor conde! exclamó: ¡envíelo mañana vuestra señoría, porque Orleans es ahora la puerta de la Francia, cuyas llaves tenemos!

—Al alba partirá; contestó el conde inclinándose profundamente.

XII.

Al dia siguiente de la entrada de Juana en Orleans salió el mensajero de que habia hablado al conde de Dunois.

Iba al campo inglés de parte de la doncella y pedía la libertad del heraldo que habia enviado poco antes y que habian hecho prisionero.

Además de esta comision, llevaba una carta del conde de Dunois para el duque de Bedford en la cual le decia que, en caso de negativa á la anterior demanda, haria morir á los oficiales ingleses que tenia en su poder y que le habian enviado para tratar con él acerca del cange de prisioneros.

Algunos dias despues, volvió el mensajero acompañado, en efecto, del heraldo: pero éste, era portador de una carta para Juana, que contenia las mas groseras injurias.

La generosa doncella guardó esta carta sin dar parte á nadie de su contenido: pero sus hermanos, al verla afligida, la instaron tanto que le arranca-

ron el secreto y aun la carta que llevaron al instante á Dunois.

Indignado éste resolvió atacar á los ingleses al siguiente dia: Juana, siempre dulce y benigna, subió á una eminencia y envió una carta al Duque de Bedford en la punta de una flecha, cuya carta empezaba con estas palabras:

—“Yo os remitiría mis cartas con mas cortesania á no ser por el temor de que detuviérais y maltratárais á mis heraldos.”

La contestacion á esta carta fué tal cúmulo de injurias y amenazas que Juana bajó anegada en lágrimas y ya no se opuso al ataque que estaba organizándose con la mayor actividad y que tuvo lugar á la mañana siguiente.

Juana combatió en él como el mas valeroso de los soldados é igualmente en los tres que se siguieron en los cuatro primeros dias del mes de Mayo y que hizo dueña á la Francia de tres fuertes de los ingleses.

Solo quedaba ya por aquel lado un fuerte y un baluarte en poder del enemigo.

Sin embargo, numerosos soldados defendian un puente de mucha importancia porque aquel fuerte, llamado de las Torreillas, estaba á la entrada de él.

Juana pasó la noche del cinco de Mayo al freno de sus tropas, y al amanecer hizo arrimar las escalas para dar el asalto.

Siete horas duraba el ataque tan encarnizado por una parte como por otra.

De súbito se oyó un grito penetrante: la heroína acababa de caer herida en la garganta por una flecha.

A pesar de todo su valor, era mujer y no pudo dominar la primera impresion del sufrimiento físico.

Juana fué conducida por sus hermanos á su tienda y se empezó la cura.

Casi todos los jefes de su partido rodeaban su lecho de campaña; tanto era el interés que su vida inspiraba.

—¿Es peligrosa la herida? preguntó el conde Dunois á uno de los médicos que se ocupaban en curar á Juana.

—Mucho, señor conde; contestó el interpelado: es casi mortal; la flecha ha penetrado profundamente y hasta que no se extraiga no podemos dar ninguna esperanza.

En aquel momento otro grito agudo y doloroso se escapó de la boca de Juana que, lívida y con los ojos cerrados, parecia próxima á dar el último suspiro.

Pero á este grito desgarrador siguió otro de inmenso júbilo lanzado por veinte bocas á la vez.

El médico que operaba tenia en la mano la flecha, extraída ya de la garganta de la jóven.

El médico vendó la herida; pero aun no habia acabado de asegurar las ligaduras cuando se oyó en el campo y casi á la puerta de la tienda un gran estruendo y muchas voces que gritaban con enojo.

—Cobardes! exclamó una mas fuerte que las otras y que todos reconocieron por la de uno de los capitanes: ¡Cobardes! ¡Se retiran!... huyen!... El que

pase junto á mí le atravieso con mi espada!... Infames!... Así mirais por el honor de la Francia!

—¿Qué es eso?... murmuró Juana sentándose desfavorida en el lecho: ¡qué oigo!... ¿Que huyen?... ¿Que se retiran?... ¡Dejadme salir!...

Al pronunciar estas palabras, saltó del lecho al suelo y ajustó las hebillas de su coraza que aun no se habia quitado.

—Hermana, es imposible que salgas así, dijo Nicolás con autoridad; estás muy débil... tu herida es muy grave...

—¡Calla y sígueme!... exclamó Juana en cuyos negros y rasgados ojos ardia el entusiasmo.

Y tomando de un rincon de la tienda su blanco estandarte añadió:

—¡Al combate, señores! ¡La Francia nos llama! Lanzóse, dicho esto, fuera de la tienda y todos la siguieron con las espadas desnudas.

Juana montó á caballo y llegó á galope al pie del fuerte.

Silaban en sus oidos las balas y las flechas: cien espadas se asestaban contra su pecho; pero la suya la abria paso y, cuando no bastaba, las de los caballeros que la seguian venian en su ayuda.

Llegó por fin al pie de las Torreillas y clavó allí su estandarte con mano segura.

Un inmenso clamoreo de júbilo contestó á este heroico arrojo: las tropas francesas sienten reanimado su entusiasmo y se arrojan sobre el enemigo, que, hora y media despues de haber acudido Juana, desalojó el puente y el fuerte de las Torreillas.

Juana pasó el puente seguida de una parte de su ejército al son de las campanas de Orleans y entre el ruido de universales y entusiastas aclamaciones: al amanecer del siguiente dia se adelantó el campamento francés con sus tiendas y sus víveres; dejando en pos todo el terreno conquistado.

Desde aquel dia memorable, Carlos VII fué verdaderamente rey de Francia: la herida, que Juana recibió en la garganta, fué la puerta por donde los ingleses abandonaron el reino de San Luis.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

QUINTA PARTE.

(CONCLUSION.)

—Prima, exclamó sentándose en un escabelillo á los piés de la Mariscala, á la que su camarera estaba batiendo los bucles á lo Luisa Gabriela de

Saboya. ¡Prima! ¿cuánto por la noticia? ¡esta sí que es gorda! ¡esta sí que es gorda! que venga Rodrigo, que venga Rodrigo!

—Pero ¿qué sucede? preguntó la Mariscala picada ya por su punzante curiosidad.

—Eso no lo diré hasta que esté aquí el de los manteos de seda, que es el que yo busco... ¡já! ¡já! ¡já! y qué pronto vengo á reclamarte la palabra! Rodrigo, corre, corre!

Y Rodrigo, casi asustado por aquel clamoreo, vino corriendo envuelto tan solo en su ligero sotanillo, y dejando flotar al aire sus hermosos cabellos rizados.

—¿Estais todos juntos? preguntó la Mayorazga parodiando uno de los cuentos mas tontos que se hayan inventado jamás.

—¡Sí, ángel divino! respondió magistralmente la Mariscala siguiendo la tontura.

—«Pues cien reales me costó el pollino,» exclamó la imbécil Mayorazga de Peran, arrematando el cuento y echándose á reír á carcajadas.

—¿Pero prima, sabremos al fin de qué se trata? dijo casi picada la Mariscala.

—¡Ay Escolástica de mi alma! si no lo puedo decir de risa; (y se ponía los puños en las caderas apretándose los hijares) Rodrigo, Rodrigo! bien te decia yo que luego te cojería por la palabra!

Rodrigo prevaleiéndose de la confianza que tenia con la Mayorazga, le arrancó las cartas, y se puso á abrirlas con la mayor curiosidad.

Aguárdate, hijo mio, aguárdate por Dios, que ya voy á contaros el cuento, porque si las lees antes, maldita la gracia tiene lo sucedido.

Pues señor, como iba diciendo, Guillermo que es el mismísimo demonio, ya sabes que sacó á luz ayer noche el cuento de Simon el Leproso, tan solo porque el caballero oficial supiese la procedencia de la pobre Rosarito; pues bien, así como era de esperar, que la Rosarito se quedase cortada y avergonzada, ella que por la cuenta no es muy aprensiva, tomó la ocurrencia en otro sentido, se le levantaron los cascos con aquello de la Reina de Francia, y llevó su atrevimiento hasta escribir al oficial haciéndole proposiciones de casamiento.

Fílida por su parte aprovechándose de aquella circunstancia, y creyendo que el oficial no volvería ya á pensar en la viuda de un leproso, le escribió tambien por su parte explicándole las ventajas que encontraría tomándola por esposa, y siendo Ramona de Bras, la encargada de presentar las cartas al oficial, en el mismo plato del chocolate.

Pero aquel desayuno no debió ser del gusto del oficial, pues apenas habia concluido de leer las cartas, se vistió apresuradamente, pagó su hospedaje, y ensillando el caballo él mismo, tomó el camino de Oviedo sin despedirse de alma nacida.

Ramona de Bras que vió que el huésped se habia dejado las cartas en la mesa las leyó, se rió á sus anchas con las vecinas y cuando vió á mi criada que pasaba á la compra, se las echó en el cesto diciendo: «Anda y lleva esas cartas á mi Señora, para que se ria un poco, que esa es fresca y gorda»..... Ya ves, prima, como Ramona ha si-

do criada de un hermano del marido de mi sobrina, me tiene mucha ley y..... pero Rodrigo, tú eres el que vas á leernos esas cartas que valen un tesoro..... vamos, la de Rosarito la primera.

—Sí, sí, dijo el abate, la de Rosarito la primera como la mas inocente, tia.

Y tomando una actitud cómico-dramática, leyó con voz clara é inteligible.

«CaBallero: si es V. caBallero deberá Tenersa bido lo que a dicho anoche Philida, de que Todo un rey de Francia se casó con la Biuda de un leproso, y quella murió ReiNa, que Fué Madama de Mentenote, muger de San Luis. Por lo tanto y en contrando Me limpia como una patena, le propongo si quiere casarse conmigo que Bien seyó que Todas las ventagas son para V. Yo Tengo mi casa porpia como V. sabe muy Bien; casa con coral y Teanada (1) amueglada á lo antiguo pero muy bien; la cama de mi diFunto con Tres colChones, y manta y sobrecama, con el item de que ya sabe V. que Tengo un Guerto que para Gallinas no hay mas que pedir y con una cerezal á una esquina que dió el año pasado cinco cerezas yeso que no era año. Además sabe V. que Tengo Tres riales de viudedad, y si el consorcio le Tenemos secreto por algun Tiempo, podemos seguir coBrando mis Tres riales, aunque hablen malas lenguas, con lo que suMando Todo cuanto me pertenece, ascenderá á unos cinco riales y seis maravedises diarios de Todos los Dias.

«Por esto y por el amor que le ProFeso, le suplico se honre en acetar la mano y el CoRazon de su Vítima.

Rosarito Bermeces.»

Estupefactos se quedaron el Abate y su señora tia, al oír la desdichada carta de la imbécil Rosarito y tal fué la compasion que les inspiró la crasa ignorancia y el atrevimiento de aquella criatura, que ahogó en ellos todo sentimiento de hilaridad con gran admiracion de la Mayorazga que estaba aguardando la obligada explosion de risa para co-rearla.

—Ahora la de Fílida, dijo tranquilamente la Mariscala.

—Pues hija, respondió la de Peran, si hubiera sabido que tan sérios os habiais de quedar, yo te aseguro que no soy yo quien hubiera venido con ese sol, y atormentada de los callos pié entre pié, atravesando esas calles de Dios á media mañana como un pendon... por eso dicen «vivir para ver.»

Y la Mayorazga picada empezó á colocarse el manto sobre la cabeza.

—Vamos, prima, dijo la Mariscala obligándola á sentarse de nuevo; leamos la de Fílida para compararlas, que yo te aseguro que luego les hemos de cortar un sayo mas largo que el que arrastran los señores canónigos de la catedral de Oviedo.

La Mayorazga se sentó, y Rodrigo volvió á leer en alta voz:

(1) Tenada, desvan para meter paja.

"Caballero oficial: creo que despues de la infeliz y sulfúrea aclaracion de ser la desgraciada Rosarito viuda de un leproso, habrá V. renunciado á toda idea nupcial respecto á ella, porque si bien el gran rey de Francia Luis XIV se casó con madama de Maintenon, es preciso que V. sepa que ese gran rey no cohabitó con ella jamás, siendo aquel un matrimonio puramente espiritual. Y como debo creer que si V. se casa es para vivir en union con su elegida segun lo manda el santo concilio de Trento, he tenido el atrevimiento de buscar para V. una esposa leal, amante, cariñosa, elevada, benéfica, hermosa de alma, que es la verdadera hermosura, de estatura gallarda y varonil.

"La mujer fuerte de que nos habla la Escritura, caballero oficial.

"Esta esposa no posee bienes de fortuna, porque los grandes genios han sido pobres; pero posee en cambio la riqueza del talento, y con ella puede V. subir hasta el empináculo del poder y de la gloria.

"Aparte de las labores de su sexo, que no ha descuidado nunca esta jóven, á la que pudiéramos llamar la *Décima Musa*, conoce la retórica, la poética, la metafísica, y sobre todo, el arte de amar de *Ovidio*. Como Ovidio en el Ponto, esta alma escogida, canta en Candás sus penas y sus alegrías durante la noche, porque la décima musa duerme muy poco. Siempre inspirada se levanta de su lecho, se coloca sobre una trípode, y demandando fuego al oráculo de Delfos, improvisa tercetos, madrigales, y hasta tragedias enteras, que serán un día el asombro de la posteridad. Ah! cuán feliz será V., caballero oficial, si tiene la felicidad de unirse á ella á lazos indisolubles! Ese amor sulfúreo, volcánico, devorador, que viéndose aherrojado se ha exhalado en treinta y siete tragedias y ochocientos madrigales, ese amor se desbordará como un torrente, é inundará el corazon de V., caballero oficial, abrasándole con su llama!

"Qué felicidad! qué cúmulo de dichas encontrarse día y noche al lado de una mujer que

"En verso escribe las cartas,
En verso juega á los naipes,
Y hasta de la lavandera
La lista es de octavas reales.

"Ah! no desdeñe V. esa inmensa felicidad que le he procurado! Acéptela V. como un tesoro que el cielo le tenia reservado, y prepárese V. á pasar en el paraíso los años que le quedan de vida.....

"El incógnito me ahoga, me mata.... esa décima musa, esa mujer fuerte, ese ángel que tenia reservado el cielo.... soy yo, caballero oficial; yo, que dando por fin rienda suelta al fuego sagrado que ardía en mi pecho, me confieso su enamorada, su eternal amante

"*Filida.*"

Era tan contraria esta epístola á la de Rosarito; habia en ella tal bajeza, tal hambre canina de matrimonio, que la risa que no habia podido arrancar

la carta de Rosarito, la arrancó la pesada y erudita epístola de Filida.

Pero la risa que asomó á los labios de la Mariscal y del abate, no era esa risa burlona, ruidosa, franca y natural que se viene á los labios naturalmente siempre que alguna cosa nos parece ridícula, ó bien hiere alegremente cualquiera de nuestras fibras.

Aquella carcajada, era la carcajada seca del sarcasmo, del mas amargo desprecio, de la mas insultante compasion.

—Prima! exclamó severamente la Mariscal frunciendo las cejas; esto es más grave de lo que parece, y solo tu ignorancia puede disculpar esa algazara y esa alegría tan impropias en el caso presente.

¿Qué habrá ido pensando ese caballero, que aunque no es uno de los que inventaron la pólvora, es al fin un oficial del ejército? Que en Candás, todas son Rosaritos y Filidas, que aquí no existe el pudor, ni una sombra siquiera de decoro, y ¡vive Dios prima! que aun existo yo para poner coto á semejantes demasías!

Hoy mismo saldrá para Oviedo uno de mis criados con una carta mia para ese caballero quejándose de su impolítica despedida, y explicándole que ni en Candás ni en cien leguas á la redonda existe una sola mujer comparada á las dos desdichadas que ha conocido, y que son la verdadera deshonra de su sexo.

—¡Y cómo que tienes razon, Escolástica! dijo lentamente la de Peran.... ¡es mucha cabeza la mia, que siempre necesito que alguno diga las cosas antes para caer en ellas! pues si está tan claro como la luz del día! Tonta de mí que lo echaba en risa de tan buena fé! ¿Qué habrá ido diciendo ese caballero que aunque no es de los que inventaron la pólvora es al fin un oficial del ejército? ¿No es así prima?

La Mariscal se sonrió.

—Rodrigo! dijo á su sobrino que no se cansaba de leer las cartas; es preciso dar á esas desdichadas una leccion severa y á tí te toca dirigir esa trama.

—Bravo! bravo! exclamó Rodrigo, hable V. S. y será obedecida en todo.

—Pues bien, nada mas que una serenata burlesca.... pero á primer hora de la noche para que no puedan venir á la velada.

—Bien! muy bien!

—Es que no sirve que vayas tú solo, eso seria honrarlas en vez de avergonzarlas.... Es preciso que tú no suenes para nada, pero quiero que no falte vicho viviente de los que concurren á la velada.

—Eso! gritaba la Mayorazga, todo vicho viviente, y yo tambien rebozada en el manto.

—Prima! exclamó la señora Mariscal; habeis perdido el juicio? ¡La Mayorazga de Peran, arrastrando el escudo por esas calles de Dios sucias y desempedradas, como una pobre gaviota!

—Si te digo que no estoy yo cabal! ¡Ay Dios mio! y qué diria mi padre si resucitase ahora? Prima! Tenlo por no dicho, que aquí me quedo acurruada en mi escabelillo.

El abate se fué á organizar la fiesta y las dos señoras se quedaron charlando en el comedor, ocupándose sin cesar de la misteriosa aventura que con justicia tenia en aquel dia preocupados los ánimos.

III.

EL SARCASMO.

"Cuando yo nací,
En hora menguada,
Ni perro se oía
Ni gallo cantaba;
Si no era una hada
Que me maldecía.
"Dírame esa hada,
Cuando fuí engendrado,
Que dó mas amase
Fuese desamado.
"Dírame esa hada
Cuando fuí nacido,
Que dó mas quisiese
Fuese aborrecido.

"Romance del conde D. Sancho."

Como el mes de Noviembre se encontraba ya muy avanzado, la tarde habia estado fria y lluviosa y la noche por lo tanto era una noche de invierno de las mas desagradables y aun tormentosas.

Pero nada era suficiente para alterar la decision de aquella numerosa pandilla, que perfectamente organizada bajo la direccion del abate quedó citada para momentos despues de cerrada la noche, á fin de no llamar la atencion de aquellos asustadizos y pacíficos habitantes.

En efecto, apenas cerró la noche percibióse en un recodo de la playa un punto negro, que engrosándose con la rapidez del relámpago formó un inmenso gentío, que asemejaba en medio de aquella noche un pueblo reunido silenciosamente para llevar á cabo una conspiracion.

Y un pueblo era en verdad; todo el pueblo de Candás que tenia nombre conocido, que tenia poca ó mucha representacion en la sociedad, todos, y todos los que componian la velada, todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, tocadores de flauta, violin, viola-ferreñas, ó pandereta; la alcaldesa que no se acordaba de haber salido de parranda desde el año de novia que la habian sacado á oír "la misa del Gallo", y que no sabiendo tañer ningún instrumentó, habia traído á la fiesta un almirez nuevo que formaba parte de su dote. La Síndica que no teniendo almirez, habia traído los cencerros de las dos únicas vacas que poseia; diez ó doce imitadoras de la Síndica que se habian visto precisadas por su escasez á echar mano de aquellos sonoros instrumentos; la sacristana con la caldereta y el hisopo y por último Guillermo, Guillermo chispeante de gozo, obsceno como de costumbre, y orgulloso como un príncipe al verse encargado por monseñor de cantar, de soltar la bomba que en aquella ocasion equivalia á decir "llevar el gato al agua."

DICIEMBRE.

Aquella espesa nube, se extendió como un gran manto negro por las tortuosas calles de la villa, haciendo alto en la plazoleta que estaba bajo el balcón de la pobre Rosarito, donde todos los instrumentos rompieron en una especie de sinfonía, tan estrepitosa como discordante.

Figúrese el lector el armonioso conjunto de la viola de amor y las ferreñas, del violin, la guitarra, las castañuelas, la pandereta y la trompa, coronado todo por los silbidos de un flautin, que hubiera descompuesto sin duda alguna el cerebro mejor organizado.

Asustada Rosarito por aquella irrupcion inarmónica que bramaba como un torrente bajo su balcón, se asomó, no sin recelo, y dió treguas por un momento á la idea que la tenia preocupada de una manera horrible.

Las cartas no las habia dejado en Candás el ingrato fugitivo; pero ¿si habia tenido la debilidad de enseñarlas á alguna persona? Y si esa persona era la señora Mariscala ó el señor abate? ¡Oh, entonces Rosarito deseaba la muerte y la deseaba de veras porque la preferia con mucho á la publicidad de su aventura.

Fuertes sin embargo para resistir á la desgracia (porque la union constituye la fuerza) Filida y ella habian acordado presentarse aquella noche en la velada un poco mas tarde que de costumbre, pero mucho mas aseadas, pretestando que llegaban de un dia de campo de Perlora, creyendo así las infelices desorientar á los maliciosos y estraviar la opinion acerca de los sucesos de el dia.

Pero antes que llegase la hora, Rosarito se vió sorprendida por aquella serenata tonante que en el silencio de la noche y merced á su espantosa discordancia, inspiraba terror á toda persona desprevenida.

Pero si aturdida se quedó Rosarito con aquella serenata monstruosa, no lo quedó menos al distinguir la inmensa nube negra, que cubriendo por completo la plazoleta, se extendia á lo largo de la calle y se perdía en la oscuridad.

Rosarito quedó asombrada, porque comprendió que allí se encontraba todo el pueblo de Candás; y en efecto, pocos eran los que, excepto los viejos y los niños se habian quedado en su casa, porque á pesar del silencio con que la caravana recorria las calles, su número era tan crecido que no pudo menos de llamar la atencion de los curiosos: y como en Candás la menor bagatela es un gran acontecimiento, las tenderas de abacería cerraban sus cutrichis, y "¿á dónde vas Clemente? á donde va la gente?" se iba engrosando el grupo y tomando á pesar de la frialdad de la noche proporciones inmensas.

Rosarito tuvo miedo sin saber por qué, y se retiró á la parte de adentro del balcón, porque un presentimiento secreto le decia que estos grupos y estas caravanas inusitadas tenian alguna relacion con el malhadado asunto de la epístola.

De repente cesó aquel infierno de discordancias y elevóse entre las bocanadas de aire de la tormenta una música suave que Rosarito halló muy

encantadora al lado de la tormenta musical que acababa de pasar. Y en efecto aquella música ya era otra cosa: la viola de amor unida á un pobre violín mutilado ya, á la guitarrilla que rascaba Guillermo, y al flautín del hijo del sacristán, formaban entonces un cuarteto que por medio de comparación parecía una música celeste.

Vanidad! vanidad! tú dominas con pequeñas excepciones el corazón de la mujer de una manera más omnívota que la ambición, mas que el amor mismo, pese á los filósofos sentimentalistas.

Rosarito, la desconsolada viuda víctima de su misma flaqueza, la que llamaba á gritos á la muerte porque se consideraba deshonrada y envilecida por su propia mano, abrió los oídos á la música que la halagaba, se asomó de nuevo al balcón, se gozó en creer que el oficial acababa de llegar de Oviedo con todos los *musicantes* de la catedral, y se puso á hacer remilgos que se distinguían perfectamente, merced á la luz de la lamparilla que ardía sobre la mesa, tristísima luminaria con la que se alumbraba siempre aquella tristísima estancia.

Pero la copla no venía y Rosarito estaba impaciente: por último, una ligera pausa la hizo comprender que iban á cantar, y la pobre viuda se hizo toda oídos para escuchar sus alabanzas.

La voz de Guillermo hinchada y estentórea cantó con acento claro y estridente:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por necias perdísteis
un oficialito.

.....
Por necias perdísteis
un oficialito."

Toda aquella orquesta infernal, toda aquella manada de cencerros, de almireces, de calderos y de terreñas se desencadenó á la vez, aumentadas por el prolongado sonido de un enorme cuerno de caza que había traído á la fiesta el descendiente de los señores feudales de Gauzon, como un recuerdo de sus buenos tiempos señoriales.

Al oír aquella canción que ponía en relieve toda su misera historia, acompañada por todo el pueblo de Candas, coreada por los silbidos de todos los desvergonzados, la infeliz Rosarito se desplomó sobre uno de sus durísimos sitiales, y tomando un manto salió por la puerta del corral acompañada de su criada, encaminándose apresuradamente á casa de Fílida, á la que encontró hecha una Magdalena y llorando á mares su malhadado amor.

La caravana continuó silbando y apostrofando á la infeliz viuda sin miramiento alguno, hasta que viendo que la luz de la lamparilla se extinguía, y que nadie aparecía en la casa, emprendieron la marcha hacia la de la Escribana, seguros de encontrar allí juntas á las dos pobres tórtolas abandonadas.

Rosarito en los primeros momentos no pudo hablar; lanzóse llorando en los brazos de la asustada poetisa; y por fin entre gemidos y sollozos pudo explicar á Fílida la horrible burla de que acababa

de ser objeto, concluyendo con las fatídicas palabras:

—¡Estamos perdidas, perdidas para siempre; al menos en Candas!

—Sí, en Candas! exclamó Fílida; pero aun hay desiertos, hermana, aun hay santuarios arruinados donde colocar una Virgen y hacer vida penitente, lejos del bullicio de los *grandes pueblos*.... Anímate, hermana; en la desgracia es donde se conocen las grandes almas!

Y Fílida oyendo que se acercaban los musicantes, pasó rápidamente el cerrojo al balcón, dió el grito de alarma para que la muchacha atrancase la puerta de la calle, y apagando la luz se abrazó estrechamente á Rosarito; y abriendo un postiguello miraron ambas el ojo, contemplando con espanto la inmensa muchedumbre que venía entusiasmada á cantar su deshonra.

La sinfonía infernal estalló como un torrente lo mismo que lo había hecho debajo del balcón de Rosarito; pero al ver la oscuridad y el silencio que reinaba en la casa, el abate y otros muchos con él, creyeron que estaba desierta.

Es inútil, Guillermo, dijo monseñor al Jorobado; las palomas han huido.

—Monseñor! exclamaron á un tiempo las dos infelices, perdidas! perdidas!

—No, señor, objetó la Sínica con voz varonil; yo que he llegado la primera, he visto una luz por los entre-paños del balcón.... esa luz la han apagado de un soplo, y el que sopla es persona, señor abate.

—Tiene razón, dijo con aire triunfal el Jorobado; las lechuzas no necesitan luz para estarse ahí acurrucadas detrás del balcón. Adelante, señores! adelante! y que se repita la sinfonía.

La sinfonía se repitió, formando al concluir un prolongado trueno acompañado de silbidos y de gritos salvajes.

—Orden, señores, orden! exclamó monseñor que solo había aceptado aquel compromiso para desorientar á su tía acerca de sus nuevas amigas.

A la voz del señor abate todo el mundo recojió su vela, elevándose á poco en los aires los ecos de aquella música dulcísima que había encantado á la pobre Rosarito, haciéndola concebir tan halagüeñas esperanzas.

Apenas empezó el preludio, la viuda empezó á temblar como una azogada.

—¿Oyes esa música, hermana? preguntó balbuceando á Fílida; pues esa música tan dulce, tan encantadora, esa es la que nos deshonra.

Fílida seducida sin embargo por aquellos dulcísimos acordes, se puso á escuchar.

Guillermo cantó con una voz que parecía dominar el espacio en diez leguas á la redonda:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por tontas perdísteis
un oficialito.

.....
Por tontas perdísteis
un oficialito."

Y apoyóse tan cruelmente en los últimos versos, que el auditorio comprendiendo sus buenas intenciones, tronó, silbó, insultó indecorosamente, hasta que monseñor, para quien aquellas aventuras eran ya una insoportable farsa, cansado, fatigado, llorando la velada que le habían arrebatado aquella noche, disolvió en la misma plazoleta de Filida á su numeroso é ingobernable ejército, y se encaminó solo á su palacio, negándose á admitir la compañía del Síndico que le llevaba siempre hácia su casa.

Cuando monseñor desembocó en la plaza un fuerte ataque de tos le hizo detener el caballo, y solo entonces se aperció de que la noche estaba fría y tormentosa, y que él había salido impremeditamente con los manteos de seda.

El joven abate al entrar en el grandioso portal, profusamente iluminado, tocó un silbato de oro, presentándose al momento un ayuda de cámara.

El muchacho tomó las riendas doradas, ayudó á bajar á monseñor, y á los pocos minutos el joven abate penetraba en el salón de la velada, ocupado aquella noche tan solo por la Sra. Mariscala, la Mayorazga de Peran, la Condesa de Santarúa y sus cuatro hijas.

Los musicantes cansados de gritar, silbar, y sobre todo azotados por el viento y la lluvia, no pensaron aquella noche mas que en el descanso de que tanto necesitaban.

Elea y su madre no sabiendo á qué atribuir la ausencia de monseñor, se pusieron á rezar devotamente el rosario ante una imágen del Cristo para que le librase de todo mal.

FIN DE LA QUINTA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

UNA MANANA DE MAYO.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo situado en la garganta de la Sierra de Reinosa. A sus piés ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos; encima de él se extiende el vasto pabellón del cielo, tan transparente, azul y tornasolado, cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de la España. Alrededor del pueblo serpentea un riachuelo que vá vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales, haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de perfumadas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta, deruidas las unas, blancas y rodeadas de jardincillos las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantescos, y una mujiente cascada de don-

de surge el límpido riachuelo. El paisaje que le sirve de marco, es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el país es pobre. El labrador necesita regar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides, sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas. Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta con leche, y forma con sus lanas un tegido que le resguarde contra los rigores del invierno. No posee otros bienes; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba, ¡oh qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de Mayo! Por todas partes sacudían su corola, húmeda de rocío, ramilletes de silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama, confundiendo sus cantos con los murmullos del aura, con las quejas del arroyo, que parecía deslizarse mas aprisa entre los altos cañaverales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con un rayo de esplendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías.

Y la campana de la iglesia resonaba magestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá lejos, muy lejos, en el último confin del horizonte...

Parecía recordar al hombre que su primer deber es prosternarse ante aquel sol, símbolo de un sol eterno, que vuelve todos los días á darle calor y vida sin discrepar un solo instante en su prefijada carrera.

Todas las puertas se abrían simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles, rostros rientes y sonrosados.

La campana había exhalado su último suspiro; todos los fieles habían entrado ya en la iglesia; pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos y una mujer, joven todavía.

Esta daba el brazo á la anciana, que debía ser su madre; el padre venía detrás. Iba apoyado en su bastón; pero aunque cubrían su frente venerables canas, su cabeza todavía estaba erguida y teras sus mejillas. Una dulce sonrisa entreabría sus labios, y á veces sacudía orgullosamente su bastón á derecha ó izquierda como si saludase á los arbutos, á las peñas salientes, á las fuentejillas, que habían sido los amigos de su primera infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo de sol de Mayo, que hasta la decrepita ancianidad se galvaniza á su contacto! De vez en cuando sus miradas, llenas de un amor sublime se fijaban en las dos personas que marchaban delante de él, y las envolvían á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agobiada bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla, sus ojos despedían un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi al extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba se crispaba convulsivamente alrededor del brazo de la joven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera vé un peligro. Con la mano izquierda

encantadora al lado de la tormenta musical que acababa de pasar. Y en efecto aquella música ya era otra cosa: la viola de amor unida á un pobre violin mutilado ya, á la guitarra que rascaba Guillermo, y al flautin del hijo del sacristan, formaban entonces un cuarteto que por medio de comparacion parecia una música celeste.

Vanidad! vanidad! tú dominas con pequeñas excepciones el corazon de la mujer de una manera mos omnívoda que la ambicion, mas que el amor mismo, pese á los filósofos sentimentalistas.

Rosarito, la desconsolada viuda víctima de su misma flaqueza, la que llamaba á gritos á la muerte porque se consideraba deshonrada y envilecida por su propia mano, abrió los oídos á la música que la halagaba, se asomó de nuevo al balcón, se gozó en creer que el oficial acababa de llegar de Oviedo con todos los *musicantes* de la catedral, y se puso á hacer remilgos que se distinguían perfectamente, merced á la luz de la lamparilla que ardía sobre la mesa, tristísima luminaria con la que se alumbraba siempre aquella tristísima estancia.

Pero la copla no venia y Rosarito estaba impaciente: por último, una lijera pausa la hizo comprender que iban á cantar, y la pobre viuda se hizo toda oídos para escuchar sus alabanzas.

La voz de Guillermo hinchada y estentórea cantó con acento claro y estridente:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por necias perdisteis
un oficialete.

.....
Por necias perdisteis
un oficialete."

Toda aquella orquesta infernal, toda aquella manada de cencerros, de almireces, de calderos y de terreñas se desencadenó á la vez, aumentadas por el prolongado sonido de un enorme cuerno de caza que habia traído á la fiesta el descendiente de los señores feudales de Gauzon, como un recuerdo de sus buenos tiempos señoriales.

Al oír aquella cancion que ponía en relieve toda su misera historia, acompañada por todo el pueblo de Candas, coreada por los silbidos de todos los desvergonzados, la infeliz Rosarito se desplomó sobre uno de sus durísimos sitios, y tomando un manto salió por la puerta del corral acompañada de su criada, encaminándose apresuradamente á casa de Fílida, á la que encontró hecha una Magdalena y llorando á mares su malhadado amor.

La caravana continuó silbando y apostrofando á la infeliz viuda sin miramiento alguno, hasta que viendo que la luz de la lamparilla se extinguía, y que nadie aparecía en la casa, emprendieron la marcha hacia la de la Escribana, seguros de encontrar allí juntas á las dos pobres tórtolas abandonadas.

Rosarito en los primeros momentos no pudo hablar; lanzóse llorando en los brazos de la asustada poetisa; y por fin entre gemidos y sollozos pudo explicar á Fílida la horrible burla de que acababa

de ser objeto, concluyendo con las fatídicas palabras:

—¡Estamos perdidas, perdidas para siempre; al menos en Candas!

—Sí, en Candas! exclamó Fílida; pero aun hay desiertos, hermana, aun hay santuarios arruinados donde colocar una Virgen y hacer vida penitente, lejos del bullicio de los *grandes pueblos*.... Anímate, hermana; en la desgracia es donde se conocen las grandes almas!

Y Fílida oyendo que se acercaban los musicantes, pasó rápidamente el cerrojo al balcón, dió el grito de alarma para que la muchacha atrancase la puerta de la calle, y apagando la luz se abrazó estrechamente á Rosarito; y abriendo un postiguiillo arrimaron ámbas el ojo, contemplando con espanto la inmensa muchedumbre que venia entusiasmada á cantar su deshonra.

La sinfonía infernal estalló como un torrente lo mismo que lo habia hecho debajo del balcón de Rosarito; pero al ver la oscuridad y el silencio que reinaba en la casa, el abate y otros muchos con él, creyeron que estaba desierta.

Es inútil, Guillermo, dijo monseñor á Jorobado; las palomas han huido.

—Monseñor! exclamaron á un tiempo las dos infelices, perdidas! perdidas!

—No, señor, objetó la Súdica con voz varonil; yo que he llegado la primera, he visto una luz por los entre-paños del balcón.... esa luz la han apagado de un soplo, y el que sopla es persona, señor abate.

—Tiene razon, dijo con aire triunfal el Jorobado; las lechuzas no necesitan luz para estarse ahí acurrucadas detrás del balcón. Adelante, señores! adelante! y que se repita la sinfonía.

La sinfonía se repitió, formando al concluir un prolongado trueno acompañado de silbidos y de gritos salvajes.

—Orden, señores, órden! exclamó monseñor que solo habia aceptado aquel compromiso para desorientar á su tia acerca de sus nuevas amigas.

A la voz del señor abate todo el mundo recojió su vela, elevándose á poco en los aires los ecos de aquella música dulcísima que habia encantado á la pobre Rosarito, haciéndola concebir tan halagüeñas esperanzas.

Apenas empezó el preludio, la viuda empezó á temblar como una azogada.

—¿Oyes esa música, hermana? preguntó balbuceando á Fílida; pues esa música tan dulce, tan encantadora, esa es la que nos deshonra.

Fílida seducida sin embargo por aquellos dulcísimos acordes, se puso á escuchar.

Guillermo cantó con una voz que parecia dominar el espacio en diez leguas á la redonda:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por tontas perdisteis
un oficialete.

.....
Por tontas perdisteis
un oficialete.

Y apoyóse tan cruelmente en los últimos versos, que el auditorio comprendiendo sus buenas intenciones, tronó, silbó, insultó indecorosamente, hasta que monseñor, para quien aquellas aventuras eran ya una insoportable farsa, cansado, fatigado, llorando la velada que le habían arrebatado aquella noche, disolvió en la misma plazoleta de Filida á su numeroso é ingobernable ejército, y se encaminó solo á su palacio, negándose á admitir la compañía del Síndico que le llevaba siempre hácia su casa.

Cuando monseñor desembocó en la plaza un fuerte ataque de tos le hizo detener el caballo, y solo entonces se apercibió de que la noche estaba fría y tormentosa, y que él había salido impremeditamente con los manteos de seda.

El joven abate al entrar en el grandioso portal, profusamente iluminado, tocó un silbato de oro, presentándose al momento un ayuda de cámara.

El muchacho tomó las riendas doradas, ayudó á bajar á monseñor, y á los pocos minutos el joven abate penetraba en el salón de la velada, ocupado aquella noche tan solo por la Sra. Mariscala, la Mayorazga de Peran, la Condesa de Santarúa y sus cuatro hijas.

Los musicantes cansados de gritar, silbar, y sobre todo azotados por el viento y la lluvia, no pensaron aquella noche mas que en el descanso de que tanto necesitaban.

Elena y su madre no sabiendo á qué atribuir la ausencia de monseñor, se pusieron á rezar devotamente el rosario ante una imágen del Cristo para que le librase de todo mal.

FIN DE LA QUINTA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

UNA MANANA DE MAYO.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo situado en la garganta de la Sierra de Reinosa. A sus piés ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos; encima de él se extiende el vasto pabellón del cielo, tan transparente, azul y tornasolado, cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de la España. Alrededor del pueblo serpentea un riachuelo que vá vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales, haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de perfumadas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta, derribadas las unas, blancas y rodeadas de jardincillos las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantescos, y una mujiente cascada de don-

de surge el límpido riachuelo. El paisaje que le sirve de marco, es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el país es pobre. El labrador necesita regar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides, sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas. Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta con leche, y forma con sus lanas un tegido que le resguarde contra los rigores del invierno. No posee otros bienes; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba, ¡oh qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de Mayo! Por todas partes sacudían su corola, húmeda de rocío, ramilletes de silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama, confundiendo sus cantos con los murmullos del aura, con las quejas del arroyo, que parecía deslizarse mas aprisa entre los altos cañaverales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con un rayo de esplendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías.

Y la campana de la iglesia resonaba magestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá lejos, muy lejos, en el último confin del horizonte...

Parecía recordar al hombre que su primer deber es prosternarse ante aquel sol, símbolo de un sol eterno, que vuelve todos los días á darle calor y vida sin discrepar un solo instante en su prefijada carrera.

Todas las puertas se abrían simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles, rostros rientes y sonrosados.

La campana había exhalado su último suspiro; todos los fieles habían entrado ya en la iglesia; pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos y una mujer, joven todavía.

Esta daba el brazo á la anciana, que debía ser su madre; el padre venía detrás. Iba apoyado en su bastón; pero aunque cubrían su frente venerables canas, su cabeza todavía estaba erguida y tersas sus mejillas. Una dulce sonrisa entreabría sus labios, y á veces sacudía orgullosamente su bastón á derecha é izquierda como si saludase á los arbutos, á las peñas salientes, á las fuentejillas, que habían sido los amigos de su primera infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo de sol de Mayo, que hasta la decrepita ancianidad se galvaniza á su contacto! De vez en cuando sus miradas, llenas de un amor sublime se fijaban en las dos personas que marchaban delante de él, y las envolvían á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agobiada bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla, sus ojos despedían un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi al extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba se crispaba convulsivamente alrededor del brazo de la joven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera vé un peligro. Con la mano izquierda

apretaba contra su pecho el libro de oraciones, como si fuese el escudo que debiese protegerla.

Y no obstante, era inexcusable su temor, por cuanto lo que era su sosten, examinaba el camino con una escrupulosidad prolija, procurando salvar las piedras salientes, deteniéndose delante de la mas pequeña hendidura, adaptando su paso al tardo paso de la anciana.

La jóven no era bonita, pero una aureola celeste parecia rodear su frente. Era una buena y santa hija, que habia renunciado á todos los placeres, para ser el ángel de la guarda de sus ancianos padres: ¿es acaso necesario decir mas para enaltecer sus virtudes, para demostrar que era la oveja predilecta del rebaño de Jesucristo?

¡Oh, sublime amor filial! ¡Oh sentimiento divino, tanto mas inapreciable, cuanto la naturaleza encadena los seres del porvenir y el que vuelva atrás sus miradas, necesita por auxiliar de su virtud al heroísmo!

Pero aquella débil anciana lo habia tenido para sus padres, ¿qué mucho pues que lo encontrase en su hija? ¡Ah, ella tambien habia sido jóven y alegre! Habian pasado sesenta años, desde los bellos dias en que atravesaba aquella misma plaza, radiante de juventud y de hermosura, ostentando con inocente orgullo sus galas, respirando amor con todos los seres de la naturaleza. Entonces no temia como ahora los montoncitos de musgo, las salientes piedrecillas. Marchaba con paso lijero, con la frente erguida, con la mirada triunfante. Todos aquellos árboles, todas aquellas peñas habian sido testigos de su gloria; pero tambien habian sido testigos de su sumision respetuosa á sus padres, de su filial cariño, y por esto, ahora que la encorbaba la ruda mano del tiempo, hallaba un brazo amigo, al cual sirve una dulce mirada que velase su sueño, un corazón amante que palpítase por ella!... Habia guardado intacta durante ochenta años, el arca de las virtudes domésticas, de las sacrosantas creencias, la habia transmitido intacta á su hija, y ahora que como el naufrago tocaba ya á la orilla salvadora, podia extasiarse á la vista del risueño panorama que se ofrecia á sus ojos, extasiarse sin temor con la idea de la eternal morada que se habia labrado piedra por piedra con sus virtudes y en donde debia hallar paz y reposo.

¡No se inquietaba por su hija! habia sido buena y Dios la haria dichosa.

Marchaban los tres tan lentamente, que cuando llegaron á la iglesia, la campana convocaba ya á los fieles para una segunda misa.

Un pobre ciego estaba sentado á la puerta.

—Una limosna por amor de Dios, decia con voz lastimera.

La anciana se detuvo, sacó trabajosamente de su faltriquera un enorme bolsillo, y se lo dió á su hija.

La habia acostumbrado desde la infancia, á ser la dulce intermediaria entre ella y los aflijidos.

—No sois del pueblo? preguntó la jóven poniendo una moneda de plata en la mano del pobre ciego.

—¡Oh sí, dijo este, pero hace cuarenta años que le abandoné, para ir á establecerme en la corte.

—Quién sois? preguntó el viejo que llegaba á la sazón.

—¡Ay, exclamó dolorosamente el ciego, mis antepasados eran los señores de este pueblo, mis padres poseian la mitad de estas cercanías, y yo pido limosna!

—Don Tomás! exclamó la anciana.

—Don Tomás, repuso el ciego bajando la cabeza.

—Hay un sitio desocupado junto á nuestro hogar, dijo apresuradamente el viejo, mi hermano acaba de morir, quereis reemplazarlo?

El ciego no respondió; pero dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Cuando los dos ancianos y la jóven regresaron á su casa, llevaron casi en triunfo á un nuevo individuo de su familia.

En aquella mansion todo era viejo: desde los criados octogenarios, hasta los muebles y las cortinas, hasta el fiel mastin que dormia al sol, esperando la vuelta de sus amos; pero todo estaba limpio, todo en orden, todo ofreciendo la grata imagen de la paz y la abundancia.

La jóven sentó á su madre en una ancha poltrona de cuero, y puso en sus manos la rueca cubierta de blanca lana.

Elia bajó á la cocina, al establo, al jardin, dando mil órdenes, velando sobre todas las cosas.

Los criados, tan activos como ella, á pesar de sus años, iban y venian y en un instante estuvo puesta la mesa.

No obstante, el almuerzo fué triste: los ancianos hubieran querido participar de las desgracias de su nuevo amigo; este hubiera querido abrirles su corazón, y sin embargo nadie se atrevia á tomar la palabra.

Por fin, cuando se levantaron los manteles y desaparecieron los criados, el ciego exclamó con doloroso acento, cojiendo las manos de la jóven.

—¡Oh, bendita seas, mujer, que honras á la ancianidad, que sacrificas tu juventud á ser el sostén de aquellos que te dieron su sangre, que te colmaron de caricias en la cuna, que te transmitieron todo el fuego de su corazón, que vivieron durante tantos años con tu misma vida!

¡Dichosa tú, que has vejetado siempre en este escondido asilo de las puras costumbres antiguas, de los hábitos patriarcales, y no has tenido que luchar con el funesto ejemplo de las modernas costumbres! ¡Dichosa tú, que has podido siempre mirarte en el terso espejo de tu madre, y no has tenido mas idea que la de seguir sus santas huellas!

¡Ah, no traspases nunca el círculo de estas montañas! ah! no pongas jamás el pié en ese horrible *pandemonium*, donde se discuten las virtudes, donde cada uno tiene el derecho de forjarse una moral á su antojo, donde los hombres, mas ciegos que yo, no aciertan á divisar ninguna luz entre las tinieblas que los cercan.

Allí á fuerza de analizar, á fuerza de discutir, no se sabe ya donde principia el bien, donde termina el mal: vicios y virtudes son nombres, cuyo

verdadero significado es un enigma. La virtud, graduada á veces de necesidad, á veces de hipocresía, ya no se atreve á ostentarse y con frecuencia, llena de rubor, pide prestados sus atavíos al vicio. Como el gastrónomo cuyo gastado paladar ya no distingue los sabores, el hombre de la sociedad moderna, ya no sabe lo que es bueno, ya no sabe lo que es justo.

La desdicha no está en que practique el mal, sino en que no sepa definirlo. Ha abatido piedra por piedra el edificio social y no acierta á reedificarlo. La familia se vá disolviendo, y con ella se disolverán las naciones. Los padres ignoran lo que deben á sus hijos, los esposos á sus esposas, los amigos á sus amigos. La probidad es sinónimo de estupidez, no se sabe lo que constituye el honor.

Figuraos por un momento un salon atestado de ciegos, en el cual resonase de improviso el grito de *fuego, fuego*; figuraos como entregados á un pánico tan terrible, pugnarian todos por salir, atropellándose, hiriéndose, despedazándose, hasta que dando vueltas como insensatos, obstruyendo con su misma confusion la salida, acabarian por morir ahogados antes que las llamas los alcanzasen; figuraos todo esto, y os figurareis el verdadero estado de la actual sociedad.

Se siente abrasada por una ambicion de felicidad inmensa; pero ha perdido el norte que la guiaba: no sabe á donde dirigir sus pasos, no sabe lo que quiere; vá y viene sin objeto, dá vueltas sobre sí misma, y cuanto mas gira, cuanto mas se afana, mas pierde el anhelado centro.

Las ideas nacen y mueren con una rapidez increíble; cada dia al despuntar el sol, los hombres se ven obligados á preguntarse mutuamente: *qué se piensa? qué es lo que se debe pensar?* Y al tenor de la respuesta deshacen el trabajo de la víspera, verdadera tela de Penélope, que no tendrá término nunca.

Seria preciso un nuevo diluvio para purificar á la tierra de sus vicios; seria necesario que bajase de nuevo el Hombre Dios, para separar la luz de la sombra, para marcar con sus divinas huellas el camino que conduce al cielo. Todo esto seria preciso para que la sociedad se detuviese al borde del abismo próximo á tragarla.

Y no obstante, yo que os hablo así, yo tambien he puesto mi débil piqueta para derrumbar el salvador edificio, y ha sido preciso que perdiese la luz de los ojos para recobrar los ojos de mi alma.

Porque, ¿sabeis cual es el verdadero origen de esa disolucion de las costumbres?

Es que el amor filial se ha extinguido; es que el niño además de no respetar á Dios, tal vez en su consecuencia no respeta á sus padres, y el que no baja sumiso la frente ante la mirada de sus mayores, será con el tiempo un mal esposo, un falso amigo, un malévoló ciudadano, un hombre sin honor.

Si en un instrumento de música se desafina una cuerda, destruye la armonía de las demás. Si en el corazon del hombre no hay una fibra que se estremezca al eco de la voz paterna, podeis deducir

desde luego que no responderá á ningun noble sentimiento. El amor filial es la primera, la mas preconizada de todas las virtudes. Los antiguos levantaron un altar á los dos niños que sucumbieron de fatiga bajo el carro de su madre, el cristianismo consagra un dulce culto á los modelos de filial cariño, y Jesucristo nos demostró toda su inmensa trascendencia bajando la cabeza ante las tiernas convenciones de su madre. En vano tratareis de elevar la cúpula de un edificio, si no poneis la primera piedra de su base. En vano os esforzareis en enseñar al hombre sus deberes sociales, filósofos, teólogos y moralistas, si no le enseñais antes todos sus deberes de familia, si no le enseñais antes á hincarse de hinojos para venerar á la ancianidad que ha asentado su trono junto al hogar doméstico. Si son grandes los deberes de los padres, grandes son los deberes de los hijos; y el que vé correr una lágrima por la arrugada mejilla de los que le dieron la existencia y no corre á enjugarla con sus besos, se le debe considerar como el mas malvado entre los malvados, y desterrarle para siempre del seno de la sociedad como á un individuo inútil y pernicioso!

Pero escuchad mi historia.

Tenia ocho años cuando mis padres me llevaron á Madrid y me pusieron en un colegio. Allí aprendí á desflorar todas las ciencias; allí adquirí el saber que sobreescita la imaginacion y no ilustra el entendimiento; allí me enseñaron ese funesto análisis de todas las cosas que seca el alma y mata las creencias. Pusieron en mis débiles manos un escalpelo, para que fuese separando fibra por fibra todas las que componen el corazon humano, y un grosero crisol para que depurase la parte que hay de materia en todas las producciones de la naturaleza. Me enseñaron á aprisionar el rayo, pero no me dijeron que Dios forja ese rayo para purificar la atmósfera, y que si consiente en transmitir su poder al hombre, es solo para mostrarle la multiplicacion de sus portentos.

Me enseñaron cuales eran las partículas que concurrían á la formacion de los elementos; pero no me hicieron percibir esa armonía dimanada del sagrario del Eterno, que es el alma de la naturaleza, y que revela al alma del hombre que existe un Creador omnipotente. No: nada de esto me enseñaron. Sustituyeron los nombres de caridad y amor con los de deber y fria razon: no me prescribieron que respetase á mis padres, á los superiores, á los desgraciados, sino en cuanto no se opusiera á mi propio interés y á mi egoismo.

Poco á poco el santuario de mis primeros años, la venerable casa en donde habian vivido mis antepasados con sus espaciosos salones, sus retratos de familia, su sombría alameda, perdieron para mí sus atractivos.

Ya no recordaba con santo respeto las blancas cabezas de mis padres; ya no me estremecia de placer al recordar su bendicion cotidiana.

Y no obstante, ellos todo lo habian sacrificado á mi bien; ellos habian ido á establecerse en la capital para velar mas de cerca sobre su tesoro, y se

habían privado por su amor hasta del inefable consuelo de verle crecer á sus ojos y recibir sus caricias.

Yo creí de buena fé que con esto solo cumplían su deber, y cuando salí del colegio, desvanecido con mi instrucción acogía con burlona sonrisa cada uno de sus consejos, cada uno de sus mandatos. Los consideraba como instrumentos rotos, que debían hacinarse en un rincón y relegarse al olvido. Quise gozar de una libertad absoluta; quise gozar de todos los insensatos placeres, que me parecían el legítimo patrimonio de la juventud y de un espíritu independiente. Sus consejos me enojaban; hasta sus amantes caricias me aburrían.

Los dejaba solos el uno en frente del otro en las largas veladas del invierno, sumidos en la tristeza y haciendo votos de felicidad por el ingrato que los abandonaba.

Mi madre enfermó y fué postrándose gradualmente, sin que yo me apercibiera de su estado. Cuando mis amigos me preguntaban por ella, respondía sonriendo: *achagues de la vejez*. Una noche, mientras me entregaba á los desórdenes de la crápula, me avisaron que estaba espirando.

Cuando llegué, medio ebrio, junto á su lecho, la moribunda recogió todas sus fuerzas para fijar en mí una postrer mirada henchida de ese amor sublime, único verdadero, único constante que nos es fiel hasta en las desgracias, hasta en el crimen: pero no pudo bendecirme.

Aunque mi padre quedó solo, no varié de conducta.

Preso en las redes de una desvengonzada mozuella, me casé con ella.

Mi padre no quiso aprobar mi casamiento y se retiró á estas breñas, en donde rendido á su pesadumbre murió al poco tiempo.

No sé si asomó alguna lágrima vergonzante á mis pupilas. Había aprendido que el hombre, según la ley de la naturaleza, es un ser como otro cualquiera, que cumple su fin naciendo, viviendo y muriendo, y apenas dí mas importancia á este suceso, que al derrumbamiento de una encina falta ya de sávia para reproducirse.

¡Ah! prosiguió el ciego tras una breve pausa con una amarga sonrisa; fortuna que el cielo piadoso ha arrebatado la luz á mis pupilas, porque sino buscaría en vano mi casa señorial y no la hallaría. Demolí hasta la última piedra, arranqué de raíz todos los árboles que habían prestado su benéfica sombra á mis antepasados; no dejé ni una sola flor, ni un solo recuerdo. Era preciso que todo se hiciera á mi imagen, á la imagen de mi siglo. Reemplazé los sólidos murallones por paredes de medianería, y adorné mi nueva casa con muebles, que solo tenían de suntuosos la apariencia. Si todo esto duraba tanto como yo mismo, ¿qué me importaba lo demás?

Había aprendido de mis amigos de orgía que la mujer, instrumento de placer, podría considerársela en su acepción mas sublime, como un dije de salón.

Por lo tanto cuando me casé, solo atendí á mi

capricho, y ella fué completamente digna del móvil que me impulsó á elegirla, tuvimos muchos hijos, y como es natural los educamos á nuestra semejanza.

Cuando balbucearon la primera palabra, empezaron á tutearnos: á los ocho años discutían con nosotros cuales eran los preceptos que debían seguir ó rechazar, aprobaban ó desaprobaban la elección de los maestros, y era preciso someter á su tribunal el por qué de todas las cosas. Y á los quince enarbolaban la bandera de libertad absoluta: á los veinte estaban hastiados de los placeres y ennegados en los vicios.

Yo que tascaba el duro yugo de la mujer, que había elegido para adorno de mi salón, consentí, en una grave enfermedad que tuve, á hacerla una carta dotal que representaba casi la totalidad de mis bienes.

Pero Dios no quiso que fuese yo el que muriese, sino mi mujer. Ella era la menos culpable de los dos, y su copa debía ser menos amarga que la mía.

De resultas de mi penosa enfermedad, había perdido la vista, y caí en un profundo abatimiento. Mis hijos, tuvieron paciencia para esperar que yo agotase todos mis propios recursos en subvenir á sus caprichos; luego me arrastraron ante los tribunales para exigirme el dote de su madre, y como una manada de tigres hambrientos, se lo repartieron entre sí, no dejándome ni siquiera las migajas...

—Soy ciego y pido limosna! hé aquí mi historia.

Un triste silencio acogió estas palabras: todos lloraban. La jóven se había deslizado de rodillas, y ocultaba la cabeza en el seno de su madre.

El viejo elevaba sus trémulas manos al cielo, y le daba gracias, por haberle concedido aquel ángel consolador, aquel báculo sosten de sus cansados pasos.

—¡Ah, repuso el ciego entre sollozos, yo no quiero que la justa maldición de mis padres, pese sobre mis hijos, no lo quiero! Mis padres obraron mal por imprevisión; yo por ingratitud y por orgullo, y debo sufrir las consecuencias de mi falta! ¿Si sembré cizaña, pude esperar que floreciera el útil trigo? No! yo encorvo la frente, y pido misericordia para mí, misericordia para aquellos que escarncieron las canas de sus padres, sin preveer, que el tiempo blanquearía sus cabellos, y serán á su vez, objeto de burla y vilipendio.

Por esto, para expiar sus faltas y las mias he venido á este sitio, en donde todo me atormenta recordándome mi pasada grandeza, y mi presente horrible desventura.

Cuando hace dos años, yo visité á Molinedo, también brillaba en el cielo el hermoso sol de Mayo. Conocí á aquella virtuosa familia, tal cual la he descrito, dirigiéndose á la iglesia al rayar el alba, para ofrecer á Dios el puro incienso de sus virtudes.

La jóven había redoblado su filial cariño, cuidando con piadosa solicitud á sus decrepitos padres

y al infeliz Don Tomás, y obstinándose en no dar su mano al hombre á quien amaba, hasta que aquellos tres queridos seres bajasen tranquilamente á la tumba.

Ella misma me refirió el precedente episodio de sus impresiones, grabado con caracteres indelebles en su imaginación, y repitiéndome con entusiasmo el precepto del Divino Legislador de las virtudes: *Honra á tu padre y á tu madre, para que tú también seas honrado sobre la tierra. Adóralos, porque su bendición es la única tabla salvadora, sobre la cual podemos atravesar seguros el borrascoso golfo de la vida!*

ANGELA GRASSI.

Una cacería en el Líbano.

Los últimos reflejos del sol venían á extinguirse en las ventanas del palacio del Emir Ben-Martoum cubriendo toda la fachada con un manto de oscuridad.

Solamente en el zenit del cielo, las estrellas abrían y cerraban sus brillantes ojos sobre el azul sombrío de una noche sin luna.

—A dormir, dijo el príncipe, mañana será ruda y penosa la jornada. El sueño es el padre de la salud.

Un sirviente joven que esperaba echado sobre la estera delante de la puerta, se levantó y me condujo á un kiosco donde habían establecido mis cuarteles.

Es la caza ocupación magnífica y comprendo que los príncipes gusten de este noble simulacro de la guerra. En la cacería despliegan con libertad su valor, su esplendor y su elegancia. Después de Nemrod, casi todos los reyes en todos los siglos y en todos los pueblos, han hecho de la caza uno de sus pasatiempos favoritos y á veces uno de los atributos de su soberanía.

Al abrir mi puerta por la mañana, hallé el corral lleno de ruido, de movimiento, de animación y vida. Los palafreneros tenían en sus manos las riendas de los caballos que relinchaban al aspirar el aire puro con las narices abiertas, enderezando sus orejas hacia adelante, golpeando la tierra con sus cascos y sacudiendo con bruscos movimientos del cuello, como racimos de frutas próximas á caer, las borlas que colgaban de los bocados. Varios sirvientes quedaban en la puerta de las perreras distribuyendo latigazos á los lebreles impacientes y á los de muestra mal sufridos.

Todo se parecía á las partidas de caza de los castillos feudales.

El colorido local estaba mas particularmente representado por tres halconeros de tez tostada, bajo el sol de la Ethiopia, con vestidos de veinte colores y turbantes de pelo de camello, llevando dos aves en la mano.

Pronto aparecieron las hijas del Emir montadas en caballos negros de pura raza, sobre cuya piel

lustrosa, suave y negra como el ébano, resaltaba la silla de terciopelo encarnado y la brida de escarlata. Las princesas vestían albornoz azul y el velo flotante de las mujeres de Oriente, que las envolvía como en una nube. Los caballos á la vez mansos y fogosos, cubrían de espumarajo plateado el pecho, echaban fuego por los ojos, y se violentaban al verse contenidos, orgullosos de conducir tan bella carga.

El mismo Emir pretendía hacer cierta ostentación de magnificencia. Montaba sobre su mejor caballo, llevaba su mejor vestido y ceñía sus mejores armas.

Todos los de la partida se esmeraron en los trajes, arneses y arreos. Solo un druso que nos acompañaba afectó menosprecio, equipándose lo mismo que para una batalla. Cuando salió del corral saltando sobre el caballo, me pareció verdaderamente soberbio con su largo fusil de chispa adornado de abrazaderas de cobre; la culata incrustada en marfil de las fábricas de Alepo, golpeándole las espaldas su albornoz que se entreabría, dejando brillar en la cintura los puños cincelados de dos yataganes, y el turbante druso haciendo resaltarse mas su tez bronceada y torvo aspecto.

La comitiva se puso en marcha lentamente á la orden del Emir, por las sinuosidades de una montaña. Tan pronto nuestro acompañamiento desaparecía detrás de las rocas ó de los árboles, como se desplegaba sobre rampas estrechas, semejantes á unas bandas de vivos colores.

En el fondo de un risueño valle, descubrimos el castillo del Emir con sus cúpulas, azoteas y minaretes. Antes de llegar, una alondra salió de nuestros pies, trinando como el clarín de la diana y se remontó al cielo. Me eché la escopeta á la cara é hice el disparo del rey. El pájaro cayó á los pies de la hija mayor del Emir, cuyo caballo dió un bote sin peligro.

El druso Iman le cogió por la brida é inclinándose hacia ella dijo:

—Nada respetan estos extranjeros.

—¿Es acaso grande mal, repuse yo, matar una alondra?

—Quizás no lo sea á tus ojos de infiel, pero á los míos sí.

Mientras tanto, mi disparo había puesto en acción á la comitiva. Los halcones empezaban á aletear en el puño de los halconeros y los perros alargaban la trahilla.

Nadie se dignó recoger el pájaro muerto y aun algunos volvían el rostro con horror.

—Habré cometido un crimen? Pregunté á la hija pequeña del Emir.

—Un crimen no, me contestó sonriéndose bajo su velo, pero sí una falta. La alondra es para los drusos ave sagrada á quien no se debe matar. Si nuestra caza es mala, se echará la culpa á vuestra alondra.

Bandadas de perdices rojas que pasaban á cada minuto por encima de nuestras cabezas, aseguraban claramente que si la caza era mala, sería culpa de los cazadores, no de las aves.

Llegamos por fin al pié de la montaña, orillas de un río cubierto de adelfas. Uno de los diques de la acequia se había roto cuando el deshielo de las nieves, y el agua se derramaba en vasta extensión. Aquí y allí hazes de juncos marinos y de espesos enzarzados de plantas acuáticas, ofrecían á los pájaros esos impenetrables refugios, donde casi nunca puede el cazador sorprender su seguridad.

—Aquí la gente, exclamó el Emir en tono de mando.

Los halconeros se aproximaron con su falange de picos y uñas á pasar revista.

La hija del príncipe á quien éste confió la dirección de la caza propuso para avanzada un halcón de Rusia, blanco como la nieve de su país, con una mancha negra al extremo de sus grandes alas.

—Buena elección, dijo el Emir, y la aprobaría, si quisiéramos cazar perdices en la llanura; pero para laguna, mejor es éste.

Y nos mostró un halcón rojo, cuyas plumas pardas estaban salpicadas de manchitas de púrpura, de pico corvo, uñas aceradas, alto, fino, delgado y nervioso, que ofrecía extraño carácter de ligereza, fuerza y audacia. Así á este se le reservó el honor de la mas hermosa presa.

Otro halcón joven, criado en casa del Emir que no habia visto aun un pájaro al aire libre, recibió la orden de estrenarse. Los demás entraron en el cuadro de reserva.

Mientras tanto, los picadores lanzaban al través de los cañaverales, dos perros de Creta, color gris con franjas plateadas, que empezaron á nadar soplando, cual si fueran focas marinas.

Hubo un momento de espera sôlemne; los pechos no palpitaban ya; cada cual tenia el alma en los ojos: las mujeres, como siempre, estaban mas conmovidas que los hombres.

Ellas prefieren y deben preferir á todas la caza del halcón, porque en ella se persigue mucho y se caza poco. Las presas apenas sangran y muchas veces van á morir bastante lejos, de modo que pueden dejar de mirarlás en el momento fatal de la agonía.

Muy luego vimos salir del agua un pájaro nuevo: de vuelo pesado é incierto. ni siquiera probó á tomar aire tratando de huir como pudo al azar, con un movimiento débil y apresurado.

El halconero le desdenó por enemigo pequeño; pero el Emir mandó que se dejara ver la pluma del halcón joven. Aquel obedeció con aire contrariado.

Quita con celeridad la caperuza y el ave levanta la cabeza, tiende suavemente las alas, sacude un poco la fatiga, descubre al esparavan y se lanza contra él.

—Bien volado! gritaron de todas partes, bien volado!

En efecto, el aprendiz se portaba como maestro. Ganada la parte superior, se deslizo las alas extendidas, como sobre un plano inclinado. El fugitivo perdió la cabeza; veia á su enemigo; creia sentir ya su ávida garra; dió una vuelta desgraciada y precipitó él mismo su catástrofe.

Se oyeron dos gritos, uno de cólera, otro de angustia, despues las plumas volaron por el aire: el esparavan habia muerto.

Los despojos del vencido se abandonaron al vencedor: estas son las leyes de la guerra y de la caza.

Al ruido de la pelea, á los reiterados gritos de su pariente, se habia levantado otro esparavan de entre las grandes yerbas del pantano. Oyóse en seguida un vuelo pesado; pero apenas su cabeza pasó el nivel de las cañas, sorprendido por la vista de hombres, caballos y perros, aparentó renunciar al aire libre, se dejó caer y quiso recobrar su asilo en el fondo de la maleza y de los juncos que se balanceaban encima de las aguas.

No se queria que el pájaro hiciese cama. El Emir mandó disparar un tiro. El fugitivo reapareció desplegando sus anchos remos, estiró hácia atrás su largas patas y su largo cuello hizo *S* no permitió ver mas que la cabeza, cogió el viento y como si hubiese deseado perderse en el espacio indefinido, se remontaba mas y mas.

El momento era crítico, el Emir para esta segunda carrera, designó el halcón rojo. Sacado á la luz, permaneció un segundo inmóvil en la mano del picador, su mirada circular abarcaba el horizonte. El halconero le indicó con el dedo la masa que ondulaba en el zenit. Dá dos ó tres gritos de furor, bate el ala para asegurarse de su fuerza, abandonando la mano de que estaba pendiente, y despues de haber rasado dos veces el agua en dos dilatados circuitos, toma un partido y con vuelo estridente como el silbido de una bala, sube en dirección vertical.

El esparavan adivina el peligro, se remonta y gana una nube.

El halcón se dispone á seguirle.

Ambos en esta lucha de velocidad desplegaban sus grandes recursos: los dos rivales eran dignos el uno del otro. Nada igualaba á la flexibilidad y fuerza de aquellas valientes aves: parecia que saltaban en una atmósfera elástica que les rechazaba, redoblando su potencia con cada empuje.

La vista mas perspicaz solo distinguia dos manchitas microscópicas que alternativamente, se juntaban, se separaban, volviéndose á encontrar y á huir.

De pronto las dos manchas se agrandaron; los dos puntos oscuros se aclararon; los dos pájaros cerrados en un estrecho núcleo se aproximaban á nosotros. El halcón se habia colocado sobre el esparavan. Las uñas de aquel cortaron á este el camino del cielo; entonces, para escapar ganó tierra. Las patas estiradas, el cuello alargado, la cabeza adelantada, las alas medio replegadas, cayó al suelo, cual piedra abandonada á la acción de la gravedad. El halcón bien enseñado, echó su presa hácia nosotros.

Todas las miradas estaban fijas en el cielo. No perdíamos un movimiento. El halcón engañado por el esparavan en su primer ataque, caía sobre él como una flecha. El esparavan, sacando fuerzas de flaqueza hizo un rápido movimiento oblicuo. El halcón ayudado por el ardor y la impetuosidad pasó á veinte piés debajo del fugitivo. Este continuó en línea recta, devorando el espacio. De

repente por una brusca ascension, se halló el halcón á su altura y le cojió por el pecho. El esparavan irritado volvió ataque por ataque y dió un picotazo á su adversario en medio del ala. Cayó ensangrentada una pluma larga, y el halcón rodó dando vueltas, como pájaro á quién alcanza el plomo del cazador.

Lo que todos creíamos derrota, no era mas que un desvanecimiento. El intrépido luchador volvió en sí y contra el esparavan. No guardaban ya método, ni táctica los combatientes: era una persecucion loca, de cólera salvaje: los dos describian en el cielo órbitas inmensas; pero el esparavan estaba siempre dentro del círculo que el halcón trataba de estrechar. En fin, despues de mil vueltas y revueltas, aproximaciones y desvios, el halcón tomó otra vez viento libre y se cernió un instante sobre su consternada víctima. El esparavan fué cogido entre las poderosas garras de su adversario y desgarrado por el pico cruel encorvado como una hoz. Ambos cayeron.... Despues para probar su fuerza, apenas hubieron tocado la tierra, se levantó de nuevo el halcón subiendo con el pico al esparavan, masa inerte, que aleteaba en las convulsiones de la agonia, la cabeza caída, el ala desplegada y su hermoso plumage de tintas azuladas, como la pizarra que se acaba de sacar de la cantera, salpicada de sangre.

El Emir cogió las plumas del ala y ofreció una á cada cual de sus hijas, quienes se las colocaron en su tocado á manera de garzota.

—Dejemos las adelfas, dijo el Emir, sus exhalaciones á medio dia son nocivas y en el fresco sueño que sobre nosotros derraman se respira la muerte.

Abandonamos la laguna y descubrimos una hermosa y dilatada llanura, rodeada por todas partes de montañas que formaban á su alrededor anfiteatro. Dos ejércitos podian dar allí batalla campal. Nosotros no dimos mas que un *djerio*.

Los juegos guerreros del *djerio* son la pasion de las razas orientales. Jamás vé un ginete árabe un espacio libre, sin que piense en hacer un *djerio*. Sus caballos lo saben muy bien. Desde que descubren el espacio libre, estos *bebedores de aire*, levantan al cielo sus ardientes narices, su ojo se inflama, y nada iguala á la vigorosa ligereza de sus movimientos, á la rapidez de su carrera.

Despues de una marcha al paso, nuestros beduinos vuelven hasta nosotros, nos cercan, se alejan otra vez para enlazarnos luego en órbitas sin fin, atravesando las filas, blandiendo las lanzas sobre nosotros, y á diez pasos en medio del empuje mas fogoso, detienen los caballos sobre los cuartos traseros, dan vueltas al galope con una presteza sin igual, ó bien, apoyando en tierra el hierro de sus lanzas trazan sobre la arena circunferencias regulares alrededor de su pica, en las que inscriben las figuras geométricas mas complicadas.

El grave Ismail no pudo resistir á la atraccion de estos juegos. Soltó las riendas, partió saltando, disparó al aire, cargó su fusil al galope, nos enseñó como se atraviesa un pecho con un dardo, como se corta una cabeza con el yatagan, y como, sin detener la carrera, se recoge este sangriento trofeo. Es-

tuvo verdaderamente admirable y las mujeres tenían razon en aplaudir cuando volvió hácia ellas, dando una vuelta repentina con su caballo blanco. Despues, aproximándose á la mayor de las hijas del Emir, cual se aproxima el caballero vencedor en la lid á la reina del torneo, con semblante á la vez sumiso é imperioso, la pidió como recompensa, la pluma de esparavan que llevaba á la cabeza.

—No te parece bien donde está? preguntó la odahisca sonriéndose.

—Me gustaria mucho mas aquí, contestó poniendo la mano en su turbante.

—No quisiera, replicó la jóven, exponerte á la cólera del bajá. Ya sabes que en todo el imperio, solo él tiene derecho á llevar sobre la frente la pluma del esparavan.

Mientras tanto, los ojeadores volvian hácia nosotros al galope de sus caballos, dando gritos y haciendo disparos de minuto en minuto.

Los perros de presa saltaban por los surcos de avena dando furiosos ladridos.

En medio de la yerba medio seca, vimos asomar cabecitas que parecian huir en todas direcciones.

Era un rebaño de gacelas rastreadas y dispersadas por nuestros perros.

—No es este el momento? preguntó el Emir volviéndose hácia el halconero.

Este por toda respuesta, hizo saltar la capucha de dos esmerejones con uñas de oro.

Las jóvenes se afianzaron sobre las sillas y los cazadores formamos un pequeño grupo cerrado.

La posicion estaba admirablemente elegida; ni un obstáculo para la carrera ni para el vuelo habia en aquella dilatada extension, en donde la vista lo abarcaba todo y en donde nada se oponia á la fuga ó á la persecucion. Tan solo una inmensa cuenca sin agua cambiaba bruscamente de direccion dos ó tres veces para dar á la lucha alguna peripecia.

La caza fué feliz, y muy pronto tomó un carácter de animacion extremada.

Las pobres gacelas no escapaban de las garras de un enemigo mas que para caer en las de otro: aquí el diente de los perros, mas allá el pico de las aves. Los halcones se extendian sobre ellas cubriéndolas con su sombra, y de repente se precipitaban con la velocidad del rayo clavándoles las garras en el cuello, se aferraban á su desgarrada piel, y muy luego bajo la terrible punta de sus engarabatados picos, saltaban aquellos grandes ojos de dulce mirada. La gacela vencida, caia para no volverse á levantar.

Muchas encontrando la línea oeste guardada por los ojeadores, se lanzaron hácia la otra extremidad de la llanura y saltaron con resolucion el torrente: Solo una gacela jóven asustada de la profundidad de la sima, se volvió hácia los cazadores. Los perros la acosaban por todos lados; el halcón blanco lanzado en su persecucion la habia dado alcance dos veces.

De dos saltos la gacela se halló entre nosotros.

Todos hicieron un movimiento para cogerla y matarla. Yo contuve á mi caballo. El halcón agi-

tando sus alas tan blancas que parecían luminosas y dando gritos breves y roncacos, giraba sobre nuestras cabezas: los perros contenidos con trabajo por los picadores querían forzar nuestro círculo: las dos hijas del Emir juntando ambas manos con muda elocuencia, contuvieron la ira de aves, perros y cazadores.

La pobre gacela se había agazapado entre las patas de mi caballo:

Saltar á tierra y cogerla en mis brazos, fué para mí obra de un instante. Iba á ofrecerla á la mas jóven, cuando el druso Iman, cuchillo en mano, puso la izquierda sobre el cuello de la gacela que volvió hácia mí sus ojos moribundos: yo contuve el golpe.

—Este no es juego limpio, dijo el druso sin dejar su puñal: no estamos aquí para salvar gacelas, sino para matarlas.

—Esta es mía, contesté, y no la matarás.

—Es de todos y la mataré.

Levantó su cuchillo.... las mujeres dieron un grito, y yo le mostré la boca de una pistola. Ambos nos miramos fijamente. El menor movimiento le hubiera costado la vida. La hija menor del Emir se interpuso entre nosotros diciendo:

—Abajo el puñal y abajo la pistola.

Ismael colocó el yatagan en su cintura y yo desmonté mi arma; después con el pañuelo sujeté las cuatro patas de la gacela y entregándola á uno de los criados, dirigí una mirada á la princesa.

—La pongo bajo vuestra protección, añadí: ojalá pueda vivir largo tiempo cerca de vos.

Ella me miró y tocando con el dedo la culata de mi pistola, me dijo:

—Los europeos sois muy vivos.

La caza no tuvo otros accidentes; pero en el momento en que tomamos el camino de la montaña, distinguimos un jinete que bajaba hácia nosotros corriendo por entre los escarpados, como cualquier otro hubiera podido hacerlo en las llanuras. Nada detenía su furioso galope. Los mismos árabes, los árabes que nada temen á caballo, se maravillaban de tanta audacia.

—Por mi barba, exclamó el Emir, hé ahí un loco que va á romperse los huesos.

Para verle mejor hicimos alto.

Los arranques precipitados, de segundo en segundo, acortaban la distancia, pero no podíamos reconocerle.

—No sé quien pueda ser, dijo el Emir: no hay caballo igual en toda la montaña; y Gulhzana, de quien estoy tan orgulloso, continuó pasando la mano por la crin del noble animal que montaba, no seguiría á ese hijo del viento.

Entre tanto, el jinete continuaba aproximándose.

A veinte pasos de nosotros su caballo se paró de repente, inmóvil sobre las cuatro patas, como si sus delicados cascos se hubiesen clavado en el suelo. No eran ya un caballo y un caballero, era una estatua ecuestre tallada en mármol.

El jinete hizo un movimiento, separó los pliegues de la capa, echó atrás el capuchon y recono-

cimos en él á un peregrino que había estado con nosotros en el palacio la víspera. Tan humilde y tímido como nos pareció el día antes el peregrino, tan altivo y orgulloso se mostraba el jinete.

—Emir, dijo éste con sonrisa altanera; no he querido dejar el Líbano sin saludarte. He visitado tus dominios y son hermosos.... volveré á ellos. Tú, si alguna vez te aventuras á visitar el oasis del desierto del Tadmer, no olvides que yo pago siempre las deudas.

—Aga! exclamó el Emir llevando la mano á sus armas por un movimiento instintivo.

—Sí, respondió el jinete cruzando los brazos sobre su pecho; Aga que está hace un mes en la montaña.

El Emir se sonrojó de su violencia, poniendo la pistola en la cintura.

—A qué has venido?

—Ese es mi secreto, Emir. Alá os guarde.

El Aga volvió las riendas y desapareció.

—Qué es eso de Aga? pregunté yo maravillado.

—Un jefe de bandidos, ó poco menos, dijo el Emir, que viene aquí, según me figuro, con no muy buenos fines.

—Entonces, ¿por qué no le habeis hecho detener por vuestra gente?

—Porque ha comido en mi casa el pan y la sal de la hospitalidad, y porque hoy es día de diversion para mi familia.

Así concluyó la partida de caza, volviendo todos á gozar la hospitalidad que el Emir nos ofrecía, con algo mas que pan negro y sal en grano.

BRUNO DEL BARCÓ.

LA FRANQUEZA LITERARIA.

A FABRICIO.

SATIRA.

Si en descrédito y mengua poner quieres

Tus escritos, Fabricio, vé anotando

Sobre ellos los diversos pareceres.

Yo seguí por tal via caminando,

Y mis obras mostraba entre temores,

A la moderacion siempre acatando;

Mas cojí espinas en lugar de flores,

Y hallé á la emulacion y á la injusticia

Sus sarcasmos vendiendo por favores:

Con torcida intencion y con malicia

Turbaron mi razon y mi contento,

Mi paciencia, mi gusto y mi pericia.

Una obrilla escogida dí á Sarmiento

Pidiendo á su criterio acrisolado

Su sentir, su opinion, su pensamiento:

Su mecanismo atiende, entrelazado,

Le dije, con sus formas y extructura;

Su animacion, su estilo sublimado:

Contempla su expresion y su blandura;

Y su tono esmerado y candoroso:
De su rima meliflua la dulzura:

En sus rasgos repara, y el meloso
Trabar de consonantes: en la estancia
La igualdad y el estilo cadencioso:

¿No penetras la gracia, la elegancia,
Con que van enlazados sus primores;
De la dición la enérgica constancia?
¿No ves vagar al dios de los amores?
¿Mecerse el nardo y púdica azucena,
Y brillar de la rosa los colores?

Díme pues la verdad: si la hallas llena
De la grata expresion que en mi delirio
Le tributó mi entonacion amena.

En ella imito á Horacio ó á Virgilio;
De Byron y Shakespeare, tambien campea
La fuerza y la belleza; y de Polibio
El ardimiento y el vigor se emplea.

¿Qué pintura te agrada y arrebató?
¿Qué descripcion tu mente mas recrea?

Mas ya te escucho: de tu ciencia lata
Pronuncias con acento soberano
El parecer que tu razon relata.

Tu opinion me sublima altivo y vano;
A mi obrilla por ella reverencio
Cual producto del sabio Mantuano.

No es épica tu obra, ni á Terencio
Debes, (dices) su accion: mas su artificio
Es digno de un fragante y puro incendio.

En toda su extension se increpa al vicio,
Sigues diciendo; y es un fiel espejo
Que refleja el buen gusto y el juicio.

Empero atiende; escucha mi consejo:
Muda su construccion y su aparato,
Para que corra con mayor gracejo.

¡Un en vez de un *del*! ¡sentido ingrato!
¡*Es ido!* locucion falsa, enredosa!
¡Roja sangre! le quita su boato.

Este es pues tu sentir: con faz capciosa
Le tributé las gracias que debia
Al notar su intencion artificiosa.

En seguida Sempronio aparecia,
Mi consocio, mi amigo y compañero,
Al que Apolo su númen concedia.

Ven, le dije, Sempronio; el verdadero
Producto de mi musa placentera
Examina con ánimo severo.

Es una inspiracion libre, sincera,
De Erato ó Calíope; en su arrogancia
De Ercilla es una efigie verdadera.

Díme tu parecer, y sin jactancia
Lo acataré cual célico modelo,
Pues así lo previene tu elegancia.

¿Y qué, del manuscrito con recelo
Pasas hojas, que miras con desvío,
Sin atencion, contemplacion ó celo?

¿No te para su noble señorío,
Y el conjunto apacible y placentero
De su expresivo tono y de su brío?

¿No ves el aparato lisonjero,
Comparaciones bellas y flamantes,
Y un númen poderoso y altanero?

¿Con equívocas frases y punzantes

Mi composicion tachan tus razones

Que yo tracé con cláusulas brillantes?

¿Qué encuentras en mis métricos renglones?

A tu imaginacion qué se presenta?

¿Qué ves en mis insignes concepciones?

¿Nada, nada te place? ¿Se sustenta

Como un ceston de nimias necesidades

Cuanto en mi pobre escrito se comenta?

La repruebas. ¿Son necias liviandades

Sus giros y sus cuadros?... tristemente

Me asedien de las furias las maldades.

¡O turba pavorosa y maldiciente!

Arrebató mi triste y débil obra

Y húndela en el Cocito fieramente.

Pero no: no me humillo, que en mí sobra

Espíritu y constancia á toda prueba,

Y he de ver si mi númen se recobra.

¿Mas no es aquel Jovino, que renueva

La apacible memoria en este día

De su grata amistad á toda prueba?

Mira con tu saber y primacia,

Le dije, con tu tacto justo y fino,

Este trozo de clásica armonía:

Si no exalta tu mente y pecho dino,

Quedaré sumergido en la amargura

A que me ha conducido mi destino.

¿Pero te escusas? ¿Con mortal tristura

Y equívocas razones redundantes

Me niegas tu opinion gratuita ó dura?

Dices que en tu cabeza, delirantes

Y tristes embolismos ó alusiones

Tu razon debilitan incesantes:

Que hay timidez en todas tus acciones;

Que no puedes dictar una reforma,

Ni encumbrar acertadas perfecciones.

Tu disculpa me ofrece tacto y norma:

¿No hay otra solucion? no mas ensayo;

Tal es tu situacion; tal es tu forma.

Me despedí, Fabricio: el trueno, el rayo,

No hiere con mas fuerza y mas imperio,

No produce mas ruina y mas desmayo,

Que esa opinion mentida, ó el dicterio

Fruto de pareceres encontrados,

Hijos de un falso orgullo ó magisterio.

Sus obras solo ven entusiasmos

Y con predileccion, y sin cautela,

Esos censores sabios y encumbrados.

No existe otro interés: radiante vuela

Esa falsa ilusion que nunca ofrece

Ni buen amigo, ni acertada escuela.

El galardón se ofusca, desaparece

Con la sinceridad y la pureza:

Es raro el escritor que á otro encarece.

De tu mente destierra la largueza;

Y las obras que salgan de tu pluma

A exámen no las muestres con franqueza,

Pues el mérito ageno siempre abruma:

Ni las llesves con célica esperanza

A públicos certámenes, do en suma

Una sentencia justa no se alcanza.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

A UN AGUILA.

Tiende rápido el vuelo,
Cruza las nubes, reina de las aves;
Altiva busca el cielo;
Ya que alejarte de la tierra sabes
Tregua no des á tu impaciente anhelo.

Cruzando la llanura,
Salvando el monte (que sus riscos baña
En el arroyo que á sus pies murmura)
La ruinosa cabaña
Y el réjio alcázar dominar procura.

El volcan encendido,
Que de su cráter irritado vierte
Con pavoroso ruido,
Llamas y destruccion y espanto y muerte,
No aminore tu vuelo sostenido.

La vigorosa pluma
De tus alas no empape en sus enojos
El mar con densa bruma,
Ni ofusquen, no, tus ojos
Sus verdes olas y nevada espuma.

Tiende, tiende tu vuelo
Sin que nada te arredre ni te asombre;
Deja que aquí en el suelo
Se agite siempre el hombre
En su mortal congoja y desconsuelo.

En vano por seguirte
El pensamiento sin cesar se afana;
Nadie puede impedirte
Que con las nubes de zafir y grana
Sola vayas y osada á confundirte.

Ante tanta grandeza
Tal vez una mirada dirigiendo
Al mundo, la flaqueza
De la insensata humanidad vas viendo,
Y te pasman su orgullo y su pobreza.

Tú ves en solo un día,
En solo un hora, pueblos diferentes
Bullir en loca orgía
Los unos; y los otros impotentes
Sucumbir de dolor y de agonía.

Tú ves cubrir la sierra
Y el valle con sus huestes los tiranos,
Y en estúpida guerra
Combatir el hermano á sus hermanos,
Quemar sus trojes y asolar su tierra.

Tú ves que la criatura
Tras de un fantasma rápida se lanza,
Y lo poco que dura
El rayo de la fúlgida esperanza
Que nuestros ojos deslumbrar procura.

Tú ves como arrastramos
Esta vida insegura, este misterio
Que nunca sondeamos,

Y como caminamos
Sin querer, de la cuna al cementerio.

Tú ves, en fin, que loca
Hierve del hombre la abrasada frente,
Y que al abrir su boca
Con ánimo insolente
Tal vez de Dios la cólera provoca.

Lo ves y conturbada
Sigues alzando el atrevido vuelo,
Buscando una morada
Mas lejos de la nada
Que constituye el todo de este suelo.

Vuela, yo te despido
Con un suspiro que del alma sale;
Y el cielo sea servido
Que al morirme, conozca precavido
Lo que el volar hasta los cielos vale.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LETRILLA.

Al presumido elegante
que el cabello se ensortija
y su mayor gloria fija
en las gracias del semblante,
en llevar un limpio guante
y una reluciente bota,
dadle bellota.

Al agente de negocios
que sin temor á naufragios
inventa traidores agios
para embaucar á mil socios,
y que entretiene sus ocios
en ver los *primos* que explota,
dadle bellota.

Al marido que es mas blando
que viejo colchon de lana,
y en doméstica aduana
no vigila el contrabando,
á su mujer tolerando
que juegue al as y á la sota,
dadle bellota.

Al ciudadano ladino
que con la sed sempiterna
está loco en la taberna
trincando azumbres de vino,
y que al disputar sin tino
saca la cabeza rota,
dadle bellota.

Al escritor cabezudo
que por lucir se desvive,
y cien comedias escribe
sin desenlace y sin nudo,
sufriendo por tonto y rudo
cada noche una derrota,
dadle bellota.



Al que está en su juventud
del color de la amapola,
redondo como una bola,
sin amor, sin inquietud,
y que con buena salud
duerme como una marmota,
dadle bellota.

Al Simon que por su estrella
nació con piés de cangrejo,
y quiere su coche viejo
disparar como centella,
y aunque á todos atropella,
por las calles corre y trota,
dadle bellota.

Al estudiante zoquete
que por mas que se desvela
es el último en la escuela
y el primero en un banquete;
que cuanto mas se le apriete
mas su cacumen se embota,
dadle bellota.

Al que gruñe y patalea
y á veces maldice y jura,
viendo que no se le cura
el mal que le hunde y le brea;
siempre que, rabiando, crea
curar el asma y la gota,
dadle bellota.

A quien no le gusten pollos,
ni truchas, ni butifarra,
ni fruto de higuera ó parra,
ni los quesos, ni los bollos,
y para evitar escollos
no prueba ni la compota,
qué habeis de darle?... bellota.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

UNA LECCION.

Cortando estaba un anciano
varias nacies ortigas,
cuando preguntóle un niño
que acercado se le habia:
—Decidme, ¿por qué cortais
tan lozanas florecillas?
—Dejarlas, dijo el anciano,
cosa fácil me seria;
mas si quisiera arrancarlas
cuando estuviesen crecidas,
ellas, siempre traicioneras,
las manos me punzarian.
—Pues que son? pregunta el niño.
—Son el vicio esas ortigas,
y el vicio debe arrancarse
cuando se vé que principia.

JOSÉ C. BRUNA.

EL CONEJO.

Pim.... pam.... óyense los tiros
de dos diestros cazadores,
y un ligero conejillo
por entre las plantas corre,
y así que libre se vé
de alcanzar las municiones
se para, y exclama así
entre angustias y dolores:
—Conejillo desgraciado,
¿cómo es que Dios no te acoje
viéndote tan perseguido
por la maldad de los hombres?
Siempre detrás de nosotros!
Ah, pérfidos y traidores!
No teneis remordimientos?
La conciencia no os corroe?
¿Vuestros corazones duros
la voz del llanto no oyen?...
Dadme proteccion, Dios mio;
no permitais que este pobre
muera por dar un placer
á quien tu ley desconoce.—
Así espresó el conejillo
sus bien fundadas razones;
mas temiendo que vinieran
sus duros perseguidores,
con la prontitud del rayo
á la madriguera corre.
Pim.... pam.... nuevamente tiran
los airados cazadores;
mas nuevamente en el aire
se esparcen los perdigones,
que él pidió socorro á Dios,
y Dios ¿á quién no socorre?

JOSÉ C. BRUNA.

REVISTA DE MADRID.

Recuerdo fúnebre.—Malos adivinos.—Profanacion sepulcral.—Escenas domésticas.—Soledad de la viudez.—Trompeta del juicio.—Los muertos entre los vivos.—Amores de terciopelo.—La viuda de Pepe.—Las tumbas.—Puches y buñuelos.—Madrid convertido en lago y no de hadas.—Emociones en un dia de lluvia.—Las mujeres y las piernas.—Las mujeres y los paraguas.—Un átomo de filosofía.—Mi actual ocupacion.—Casamiento.—Tristeza de la corte.—Castigo de Faraon.

Dia primero: *dia de Difuntos.*

Descubrámonos las cabezas.

Triste es pensar en este dia, muy triste: como que es el de la consagracion de los recuerdos.

Sin embargo, si los creadores del dia de Difuntos hubieran podido adivinar lo que en Madrid tenia que suceder, de fijo que lo suprimen del calendario, dejando á la conciencia de cada uno la responsabilidad de sus propios actos.

En Madrid mas que un día de recojimiento y de lágrimas, lo es de alegría y de holgorio.

Santo Dios! y qué de profanaciones se cometen!

Y lo que es este año, bien se han despachado á su gusto los hijos del oso y del madroño.

La ama de casa que á las dos de la tarde retenga aun á la sirvienta, puede considerarse como una mujer feliz.

No sé en lo que consistirá; pero el caso es que en todos los semblantes se vé pintada una alegría, una cosa tan inexplicable, como si se tratase ni mas ni menos de un cierto número de convidados á un baile, á quienes se les hubiera pasado la hora de cenar en él, y acudiesen solícitos á ver si aun alcanzaban.

¿Quién piensa en este día en su padre, en su madre, en sus hermanos, en sus deudos ó en sus amigos? Nadie absolutamente.

Y sin embargo, ¿quién será aquella persona tan afortunada, que al estar hollando las modestas tumbas de un cementerio, pueda decir tranquilamente; ¡nadie hollará la de aquellos que me pertenecieron, porque todos me pertenecen aun!

Pero en Madrid la filosofía se reduce á una sola palabra: *á divertirse*.

¡Y qué diversiones! En Todos Santos á comer buches y buñuelos; en San Eugenio tragar bellotas y en las verbenas á masticar rosquillas.

Entrais en una casa, y despues de los cumplidos de ordenanza, entablais el diálogo siguiente con la señora, que es viuda.

—¿Sale V. esta tarde?

—Ay, no! mis recuerdos no me lo permiten.

—Recuerdos?

—Ignora V. que Pepe murió hace cinco meses? Qué bueno era!

—Efectivamente; pero eso no obsta para que salga V. de su reclusion.

—Ah, sin embargo! crea V. que no tengo gusto para nada. La soledad es lo único que me distrae.

—La soledad?

—Si señor; así pienso mas libremente en él.

—Pero, ni de noche sale V. un rato?

—No señor.

—Pues qué se hace V?

—Diez ó doce amigos tienen la bondad de acompañarme: se toca un poco el piano, se canta, se baila... es decir, tocan, cantan y bailan; porque para mí, todo acabó con mi Pepe: la existencia me es angustiosa. Si V. quiere honrarme con su asistencia, crea V. que tendré en ello una satisfacción; aunque temo que participe V. sin querer de esta atmósfera de soledad, y por lo tanto de misantropía que reina en esta casa, desde que su dueño salió para no volver.

—Señora, la satisfacción será mia y no pasaré en olvido su amable invitación del...

—Hoy es un día triste.

—Lo es.

—Por lo tanto, si V. quiere acompañarnos esta noche tendremos el gusto de cumplir juntos con esa antigua costumbre de comer buñuelos. Habrá poca gente, porque ya sabe V. mi inclinación al re-

cojimiento; estaremos solo, quince ó veinte amigos.

—(Diantre! pues si esto es estar sola...) Pues hasta la noche.

—Hasta la noche, amigo mio.

Y al salir de esta *solitaria mansion*, pensais para vuestro capote:

—¿Quién le pudiera ir á contar al buen Pepe las tristezas que padece su mujer!

Y digo yo:

Si el día de Todos Santos se pudiese ir á cierta hora de la noche á las puertas de los cementerios (de aquí por supuesto,) llamar á ellas, hacer levantar de sus tumbas como en el día de juicio á cuantos en ella se albergasen; envolverlos en sus sudarios y decirles:—ea, cada uno á su casa!—qué de espectáculos no se verían! De fijo que la tercera parte, especialmente los casados, se volvieran á sus tumbas en coches de alquiler, para llegar mas pronto.

Habría escenas como estas ó parecidas á estas.

En una habitacion hay dos personas: la una es mujer; la otra hombre. Este se encuentra recostado muellemente en un canapé, mientras que ella se está arreglando un magnífico tocado frente á una luna de Venecia. El caballero cuenta sesenta y cinco años; tiene la cabeza como una cebolla y además un reuma que lo envejece cinco años, por lo mucho que le hace sufrir.

La dama rayará en los veinte y cinco; es hermosa como un ángel, fresca como una granada y dulce como un caramelo.

—¿Conque te parezco bien?

—Oh! sí, estás hermosísima.

—Cuánto te agradezco este obsequio! Era un vestido, que siempre habia anhelado tener! Lo voy á estrenar en el primer baile que se dé en palacio. Me llevarás?

—Allá veremos.

—Me amas mucho?

—Seria ridículo decirte que no, siendo tan hermosa como eres. Tú me has remozado el corazón treinta años.

—Ah! pues á mí me lo has envejecido, porque te amo con toda la gravedad del postrer amor. Y ahora que recuerdo, ¿has visto en casa de Madama Honorina aquel abrigo de terciopelo que acaban de traer de París? Y es el único que hay en Madrid. ¿Qué envidiada debe ser la que logre ponérselo!

—Tendrias gusto en llevarlo?

—Sí, si habia de ser para parecerte mas hermosa.

—Dentro de un instante lo tendrás aquí.

—Ah! qué diferencia de vida, á la que llevaba con mi marido! Y eso que le amaba; pero, ¿quién me hubiera dicho que habia de olvidarle tan pronto?

—Y por quién? por un viejo...

—No, no digas eso; si te falta la hermosura del cuerpo, en cambio tienes la del...

—(La del bolsillo!) grita entonces el difunto marido que ha estado oyendo el agio detrás de la puerta; y saliéndose por el balcon salta al tejado y huye despavorido al cementerio.

Otra escena.

Estamos en una habitación muy bien amueblada. En el centro de ella una mesa con blanquísimos manteles, hace resaltar los negros vidrios de las vacías botellas. Una sola fuente de plata se ostenta en medio, con los sangrientos despojos de algunos destrozados buñuelos; veinte personas de ámbos sexos la rodean en toda su extensión. Todos son jóvenes; una mujer preside la función; es la desconsolada viuda de Pepe.

—Teresa, que traigan mas puches.

—Puches no, buñuelos, gritan unos.

—Pues puches y buñuelos, añade la viuda.

—Bravo, bien.

—Señores, silencio, y brindo: porque dentro de ocho días, estemos rodeando todos esta mesa, mas alegres si cabe, que hoy.

Quedais invitados.

—Bravo, bien.

—Que diga el motivo.

—Me lo reservo.

—Hoy está prohibida la reserva: es día de divertirse.

—Sí, sí, que le diga.

—Es una sorpresa.

—Que venga ahora.

—Ocho días, señores.

—Y si nos hemos muerto alguno?

—Tiene razón.

—Pues bien, ahí vá:

Dentro de ocho días, quedais convidados á mi boda.

—Zapel! y con quién?

—Con esta bellísima viuda.

—Bravo, bravo! dos viudos!

En esto, el marido difunto y la mujer difunta de los dos tórtolos que se casan, que han estado oyendo el *de profundis* que acaban de entonarles, se miran por un momento, se embozan en sus mortajas, se agarran del brazo y como cohetes se dirigen á sus nichos, para no presenciar la santificación del día de los muertos, que hacen los vivos en el mundo.

Si estas escenas os parecieren inverosímiles, desechad tal idea de vuestras mentes; y repasando hechos que hayais visto en el trascurso de vuestros años, decidnos si ante ellos es imposible verlos como estos.

Si nos fuera permitido escribir todo lo que hemos visto y sabemos...

Pero concluyamos con el día de Difuntos en la coronada villa.

Este día, como hemos dicho, es el destinado para dar un paseo á los cementerios. Estos están vestidos de gala con un exceso de lujo, que repruebo solemnemente.

Es el lujo del afecto.

Hay tumbas que se parecen á los monumentos de ciertos pueblos donde á fuerza de oropel, pretenden deslumbrar la vista, mejor que embargar el alma con una respetuosa sencillez.

Coronas de flores que parecen hechas para circundar las frentes de jóvenes bailarinas; lápidas mortuorias, blandones, urnas cinerarias con su cor-

respondiente letrero—*A mi adorado esposo*—(¡sarcasmo horrible! muchas veces:)—*A mi idolatrado padre*;—*A la mejor de las esposas, su inconsolable esposo*;—ó vice versa:—*Al mejor de los esposos, su inconsolable esposa*; ramos, flores, que sentarian mejor en la mano de alguna dama en un teatro ó en un baile, que sobre el búcaro de mármol de un sepulcro; lacayos con librea, velando seres que ni conocieron acaso, aunque los envíen sus allegados para que ya que no por el sentimiento que *demuestran*, por la librea que *muestran*, se sepa que allí descansa un grande de la tierra: ¡puerilidades y miserias de la vanidad humana! querer cubrir los repugnantes girones de la muerte, con unos cuantos bordados de una librea!

En fin, el caso es que á las dos de la tarde las calles se ven atestadas de gente, que en son alegre y bullicioso se dirigen á los cementerios, hasta la hora obligada de los puches y buñuelos. Allí no se oye otra cosa que esto:

—Mira, mira, ¡qué bonito que está ese!

—Pues y éste!

—Toma! y cuánto habrán costado las coronas! Ya teníamos con su precio para vivir seis días!

—Pues este era *persona gorda*. Bah! tambien los ricos se mueren.

—Ay! qué lástima de chica! diez y siete años!

De qué se moriria?

—Toma! de cualquier cosa!

—¿Pues no digo nada este otro?

—Veinte años!

En esto se acerca un *pollo* al oído de la que está hablando, que es una niña pizpireta, y le dice con tono lúgubre:

—Ah! señorita! ese era amigo mio.

—Y de qué murió?

—De haberla visto á V. una sola vez.

—¡Lástima que no pudiera verme ahora.

—Por qué?

—Porque si se murió por haberme visto, justo es que pudiendo verme ahora, resucitara.

—No, porque me moriria yo entonces.

—Qué lástima!

En tanto ya ha oscurecido.

El estrépito y la algazara continúan sin novedad ninguna.

Los vivos acaban de suspender el tormento de los muertos hasta el entrante año.

En cambio, ya no se acuerdan mas que de olfatear los figones mas cercanos, para darse un atracón de pergamino frito en aceite, llamado buñuelos.

Las calles apestan á este líquido, que no puede ser otro que ese que venden en las boticas con el nombre de *aceite de resina* ó *aceite de ballena*.

Por todas partes se oye el *calentitos, calentitos*, y vamos echando y sacando pedazos de esta estopa con un cucharón de hierro, desde donde son trasladados al interior del zaquizamí donde ya los aguardan con su correspondiente botella de aguardiente, media ó una docena de gente alegre y gentil, que es como si dijéramos, gente de rompe y rasga.

En cambio, en las casas particulares, lo mismo

de alto que de bajo tono; se hacen ó mandan traer buñuelos y puches, y vamos viviendo; por supuesto, todo esto en honor de los muertos.

Los *puches* son unos pedazos de masa hechos con leche, que si se hacen bien, son pasables; pero si se hacen mal (como los hacen,) son una dosis de hipocacuana, soliman ó cosa parecida, capaz de reventar á un toro.

No sé como en días así, no aumenta en Madrid la mortandad, tocante á *reventones*.

Por lo demás, el cielo no quiso ser menos en estos días de solemnidades y abriendo sus cataratas nos regaló (y sigue regalando) tan benéfica lluvia, que mucho le agradeceríamos que suspendiese por algún tiempo sus húmedos beneficios. Porque estos días son para mí y para no pocos, verdaderamente crueles. Vamos á demostrarlo.

En Madrid, un día de lluvia, es un día de gangas.

Empiecen ustedes por las calles. Estrechadas, torcidas, incómodas, con un empedrado como la dentadura de una vieja, á media vara de distancia cada adoquín y estos acabando en punta como los cuchillos; con unos pequeños pozos en todas direcciones, que bien podían servir para pesquerías; con sus aceras incómodas y mal perjeñadas; con unos canalones en los tejados, con tal habilidad puestos, que caen precisamente en medio de las aceras, y luego, con unos coches que atraviesan á todo escape por mitad de la calle, salpicando, atropellando, repeliendo á cuanto se les presenta por delante y tendreis una vaga idea de las gangas que esperan á los callejeros, sin contar otras cien calamidades.

Por ejemplo.

Un día de lluvia es un día de felicidad para la mitad de las mujeres de Madrid.

Y por qué? me direis.

Porque salen, se alzan el vestido, enseñan unos blanquíssimos bajos, un pié deliciosamente calzado, una garganta de pierna aristocrática; una media blanca como un vellón de lana y.... y pare V. de contar.

La calle de la Montera es el gran centro de estas aventuras. En el momento que cesa de llover, empiezan á verse por aquí, por allá, por todas partes, piernas blancas que van dando saltitos, como una bandada de palomos extendidos en una pradera, aproximándose al ageno palomar. Los hombres, como es natural, se posesionan de las esquinas y cátese V. á las señoras mujeres en todo el goce de su piernística popularidad. A cada momento se oyen descargas cerradas de galanterías, que son recibidas con la mas seductora de las sonrisas.

—Ay! quien fuera zapato; dijo uno de estos días un amigo nuestro á una elegante dama, que nos mostraba el pié mas diminuto que se fabricó en la China.

—Para qué? le contestó ella sin detenerse.

—Para calzar su pié de V.

Otra oímos tambien, entre las infinitas que no recordamos.

—¿Quién la calza á V. señora?

—Mis manos; le contestó ella con la mayor imperturbabilidad.

Pero aparte de estos pasatiempos, ¿qué de peligros no corre el que tiene que cruzar las calles para acudir á sus negocios?

Las viejas! esos seres parásitos á quienes la edad dá derecho para soplar una fresca al lucero del alba: las mujeres presuntuosas, que solo ven el sitio donde han de pisar para no enlodarse el dorso de sus botas nuevas; las que estrenan enaguas para lucirlas estos días; las que necesitan ser vistas y las que no pretenden serlo, ¿en qué graves compromisos no ponen á sus pobres prójimos al deslizarse por las aceras en días de semejante calaña? En primer lugar, cojen el vestido con la mano derecha, con la izquierda el paraguas y con los dientes la mantilla y.... aquí es ella! como no tienen mas movimiento que el de los piés, se deslizan como culebras codeando, empujando, y lo que es peor, enristrando el paraguas de tal manera, que van siendo un continuo peligro para los ojos de cuantos tienen la desgracia de encontrarse con ellas. Y poco les importa lo demás: disparadas como cohetes, ni escuchan galanterías, ni apóstrofes, ni sarcasmos, ni chistes: erre que erre con su paraguas en ristre.

Esta clase de mujeres es intolerable. En fin, detesto los días de lluvia, como detestaria á una mujer fea que me diese calabazas.

Entre tanto aquí me teneis coneretándome á sacar niños de pila, que si no es operacion divertida, por lo menos es curiosa.

Hace tres ó cuatro días, dió la mujer de un amigo mio una robusta niña, que me designaron para ahijada. Tengo tan poca afición á las criaturas, que solo la grande amistad que profeso á los padres de esta, pudo decidirme á ello. El caso es que fuí, (y por cierto que diluviaba), y entrando me pusieron en brazos aquel ser en embrion, el cual tuvo la amabilidad de no moverse hasta tanto que sintió caer sobre su cogote el agua, que le hizo poner el grito en el cielo. Yo no sé lo que me pareció al verme convertido en ama de cria, dándole suavemente golpecitos en la espalda para que callase, y atando un gorro del tamaño de una cáscara de nuez en aquella homeopática cabeza. En fin, el cura, despues de decirme que cuando fuera mayorcita tenia que enseñarla la doctrina, dió por terminado el acto, quedando la niña cristianada con los nombres de Encarnacion (que es el de su madrina) Blanca, Eugenia, Leopoldina.

Y vaya de matrimonios.

El 19 se verificó el enlace de la infanta Doña Cristina con el infante D. Sebastian. Presenciaron el acto los individuos de la real familia, los ministros, los grandes de España, los directores de las armas, la servidumbre de palacio, y otras personas invitadas al efecto.

La Reina vestia de blanco con un magnífico manto de encaje sobre viso verde, una diadema de brillantes en la cabeza y una sarta de perlas al cuello.

La infanta vestia de blanco y el infante de capitán general.

La infanta tiene veinte y siete años: es alta, gruesa, de fisonomía reposada, y tranquilo continente.

El infante tiene cuarenta y siete años. Es de estatura regular, mas bien bajo que alto, delgado, un poco cargado de un hombro y con una nube en el ojo izquierdo, si mal no recuerdo. Pero sus cualidades morales suplen á estos pequeños defectos físicos. Es excesivamente amable, franco, popular, y de un exquisito don de gentes. Su conversacion es sumamente amena é instructiva. Tiene un gran estudio de pintura, donde pasa muchas horas del dia pintando. En la exposicion he visto uno ó dos cuadros suyos, bastante regulares. El infante D. Sebastian es un verdadero artista.

Se ha dicho si tenia ó no idea de recibir algunos dias de la semana á los jóvenes que por su talento en las bellas artes y en las letras sean dignos de este honor. Mucho me alegraria.

De modas, bailes, banquetes ó saraos, absolutamente nada.

La sociedad de Madrid está muerta. Nadie habla de abrir sus salones, de dar soirées, ni de recibir á alma viviente.

La condesa del Montijo está de luto por la muerte de su hija la duquesa de Alba.

La condesa de la Patilla no dice esta boca es mia.

La condesa de Velle está eclipsada.

La condesa de San Isidro, no ha regresado aún.

Osma no da señales de vida.

Los embajadores inglés y francés, calculan seguramente que para bailes, ya tienen bastantes con las contradanzas de sus respectivas naciones.

En palacio, cero tambien. Se dice si el 29 de este habrá baile; pero lo dudo por hallarse la Reina embarazada. Si lo hay, iré y os prometo contaros lo bueno y malo que vea.

Por lo demás, nada de particular ocurre.

Las feas siguen á la órden del dia. Los teatros están siendo hace dias una exposicion de bichos raros. Creo positivamente que si en vez de las siete plagas con que Dios castigó á Faraon en Egipto, le suelta un centenar de estas mujeres, lo deja aterrado para toda su vida.

Dentro de algunos dias recibireis el prospecto de la obra que con el título de *Recuerdos de un viaje*, voy á publicar por entregas, bajo la proteccion del rey, desde el próximo Enero.

S. DE MOBELLAN.

LAS ESTRELLAS.

—¿Por qué siendo tan puras,
tan tímidas, tan bellas,
y siendo tan hermosa
su dulce claridad,
caminan por el cielo
las pálidas estrellas
buscando de la noche
la triste oscuridad?

DICIEMBRE.

—Honestas como el rayo
de tu gentil mirada,
tan castas como el fuego
de tu amoroso afán,
alumbran de la noche
la sombra sosegada
y en pudoroso brillo
sus resplandores dan.

—¿Qué son esas estrellas,
decid, que mi alma adora?
¿por qué yo miro tanto
su inquieto resplandor?

—Son lágrimas que el cielo
sobre la tierra llora.

—¿Son lágrimas de pena?

—Son lágrimas de amor.

José SELGAS.

Salones de Paris.

24 DE NOVIEMBRE.

Jorge Sand.—Su bautismo en el mundo literario.—Habitacion de S. M. I. la Emperatriz de los Franceses en el palacio de las Tullerías.—El Museo de la belleza.—El barrio de los Campos Elíseos.—Una ópera de Rossini.—Lunas de miel.—Un hidalgo y una aldeana.—Consecuencias de un duelo.—Embellcimiento de Paris.—La gratitud de un difunto.—Teatros.—Los bandidos del boulevard de los Italianos.—Receta para que las jóvenes no se queden sin pareja en los bailes.

Jorge Sand, la célebre novelista á quien tantas horas dulcemente ocupadas, tantos pensamientos y tantas esperanzas debeis, ha estado enferma estos últimos dias.

Los médicos y sus amigos temieron por algunos instantes perderla para siempre: la ansiedad de unos y otros era inmensa. El amor maternal ha podido mas que la fiebre y Jorge Sand ha entrado en su convalecencia. Sus hijos conservan todavía una amorosa madre, sus amigos la mas excelente de las mujeres, la Francia una de sus mayores glorias.

Ya que hemos recordado á la ilustre escritora, creemos que agradará á nuestras lectoras saber la historia del bautismo literario del autor de *Consuelo*, de *Indiana* y de tantas otras novelas conocidísimas en toda Europa.

Amantina Aurora Dupin se unió, siendo aun muy joven, con el baron Dudevant, militar retirado. De opuestos caracteres, ámbos esposos no tardaron en separarse y ella renunciando á su fortuna por su libertad se dirigió á París, donde no tardó en habitar en compañía de uno de sus amigos de la infancia, de Julio Sandeau, una pobre boardilla en el malecon de San Miguel.

Ambos jóvenes se hallaron sin recursos y recor-

daron que Enrique de Latouche su compatriota era director del *Figaro*, le escribieron dándole cuenta de su precaria situación.

Latouche los llamó, aconsejó á Sandeau que escribiese y Mme. Dudevant se comprometió sonriendo á ayudar á su jóven camarada.

Al volver á su misera vivienda comenzaron á escribir un libro con el título de *Rosa y Blanca ó la Actriz y la Religiosa*.

Desde entonces adoptó Aurora el traje de hombre que despues ha usado casi siempre; hecha la primera obra y vendida por cuatrocientos francos, los dos jóvenes se pusieron á trabajar en otra nueva, en *Indiana*, que gracia á la pereza de Sandeau fué exclusivamente escrita por la baronesa Dudevant.

Al darse al público esta segunda novela surgió una dificultad, ¿con qué nombre firmarla? La primera, escrita por Julio Sandeau y por Aurora habia aparecido con el nombre de Julio Sand, pero la segunda que era exclusivamente de Aurora, no podía darse al público como producto de los dos.

Latouche salvó la dificultad.

—El apellido Sand, les dijo, es propiedad comun, ¿no es cierto?

—Sí tal.

—Pues entonces buscad vos otro nombre y no hay cuestion. Tomad el calendario. ¿Qué santo es hoy?

—San Jorge. (Era el 23 de Abril).

—Pues bien, llamaos Jorge Sand.

Aceptada esta proposicion Latouche obsequió con un almuerzo á sus dos amigos para celebrar de este modo el bautismo literario de una mujer, que debia llegar á ser la primera novelista de Francia.

Nuestros lectores saben perfectamente que la Emperatriz de los Franceses, á su belleza y á su talento reúne el gusto mas delicado que puede darse.

Si no lo hubiera probado tantas veces, sus salones particulares del palacio de las Tullerías recientemente adornados bajo su direccion, serian bastantes para alcanzarla el doble título de soberana del buen gusto, de la elegancia, del lujo.

Lo primero que se encuentra en sus habitaciones es una pequeña antecámara, despues el salon de las damas de honor, los dos salones de recepcion y el gabinete particular, íntimo de S. M.

Los dos salones de recepcion son maravillosos. El primero llamado de las *Flores* es todo cuanto puede soñarse de mas brillante, de mas claro, de mas risueño: el fondo de la pintura es blanco, los arabescos de los lienzos y de las puertas están formados por rosas. Los muebles son dorados y su tapiceria es de un fondo blanco y rosa cubierto de flores. Preciosas guirnaldas de flores rodean los espejos; forman los zócalos y las jambas, y muebles y adornos; todo del gusto de nuestra época forman un conjunto sumamente agradable. El techo y los lienzos de las paredes han sido ejecutados por Mr. Chaplin. Encima de las seis puertas, hay seis pinturas que representan las flores animadas.

El primer cuadro, la Rosa, representa la Aurora,

con los dedos rosados, precediendo al carro del sol y sembrando rosas á su paso.

El segundo, la Margarita, representa un grupo de ninfas y de amores: una de las ninfas, pregunta á una margarita si es amada poco, mucho, apasionadamente, ó nada, y se adivina que la flor la satisface con su respuesta.

En el tercer cuadro, la Nenúfar ó nínfea, se ven á las Náyades inquietadas por los Amores que recoge esta flor de una reputacion equívoca. Una jóven pastora, cándida, tímida, simboliza la violeta; algunas jóvenes acostadas sobre la yerba, la amapola y las florecillas azules de los campos y por último una ninfa extasiada que deshace una guirnalda de pensamientos, representa esta preciosa flor.

El techo ofrece á la vista una especie de Olimpo, donde solo son admitidas las mujeres, esas flores humanas, que sin dejar de ser flores dejan de ser humanas algunas veces. Las gracias sostienen un medallón con el busto de la emperatriz; las diosas de las bellas artes la rodean y le ofrecen los tributos de sus obras: Venus y el Amor dominan en la composicion; una Divinidad tiene en sus manos una cinta donde se lee este lema tomado del Cántico de los Cánticos: *Tu super gressa res universas*; y por último los ángulos están adornados con preciosas guirnaldas de niños desnudos.

El salon que sigue al de las Flores no es tan brillante. Los muebles son de tapiceria de Beauves azul cubierta con flores. El fondo de la sala es azulado, y encima de las seis puertas se ven rodeados de atributos seis medallones con los retratos de la condesa de Morny, la princesa Murat, la duquesa de Malakoff, la duquesa de Bassano, la de Cadore, y la condesa Walewska. El techo representa un cielo donde vuelan preciosísimos pájaros.

Esta oportuna idea de la emperatriz de colocar en su salon los retratos de sus seis mas hermosas amigas ha hecho concebir la de crear un *Museo de la belleza*. En él, á imitacion del que formó Luis de Baviera, se conservarían los retratos de todas las mujeres distinguidas por su belleza. Este pensamiento nos parece muy plausible y si se realizan y se admiten en este Museo mujeres de toda Europa, estamos seguros de que las graciosas andaluzas ocuparían un puesto de distincion en él. Por de pronto en el pequeño Museo de la emperatriz figura una andaluza: no hay que olvidar que la duquesa de Malakoff es nuestra bella compatriota la señorita de Paniega.

El barrio de los Campos Elíseos ha sufrido algunos cambios en los últimos dias. El duque de Casa Riera ha comprado en dos millones el palacio que Mr. Tould ha hecho construir en la calle del Oratorio. El príncipe de Hebin ha comprado por el mismo precio y en la misma calle otro palacio. Una rica familia mejicana ha pagado mas de medio millón por una magnífica casa construida cerca del Jardin de Invierno y se dice que el capitalista español Sr. Manzanedo vá á comprar el espléndido palacio de la malograda duquesa de Alba, para regalárselo á su hija.

En una de las casas mas aristocráticas de París

se ha cantado una ópera de las primeras que escribió Rossini *la Scala diletta Farza*. Esta ópera se estrenó en Venecia en 1812. Uno de los *amateurs* que tomaron parte en su ejecucion es justamente nieto del artista que cantó esta ópera en Venecia el año de su estreno.

Se preparan muchas lunas de miel y no nos extraña que aquí donde falta el sol, se busque la luna. No queremos ser indiscretos, hasta que la bendicion nupcial haga públicos los enlaces en ciernes, pero bien podemos hablar de uno ya consumado de una manera extraña.

Un hidalgo de Berri descendiente de una de las mas antiguas familias de la provincia se ha unido con la hija de su arrendatario. He aquí por qué. El arrendatario habia concebido el proyecto de expropiar á su amo por causa de utilidad privada. El hidalgo ignorando sus derechos vió amenazada su fortuna y para consolarse de una pérdida que creia segura, fijó sus ojos en una aldeana, hija de su terrible expropiador. La muchacha, con toda la fuerza de los diez y seis años se apasionó de su señor, éste la pidió en matrimonio, el padre se negó á concedérsela y hubo entonces que recurrir á los medios extraordinarios.

El hombre que queria arrebatar su fortuna á su amo, no tuvo mas remedio que perder á su hija, la que á decir verdad ha salido gananciosa.

Mme. La.... á quien sienta muy bien el traje de señora, ha probado una vez mas, que una jóven bonita y amable, está tan bien bajo un corpiño de aldeana, como bajo una bata de terciopelo.

Los recién casados han venido á pasar el invierno á París.

En nuestro último artículo os hablamos de un duelo que habia tenido lugar entre un crítico y un autor dramático. Como complemento de aquella noticia, debemos decir que el crítico como autor de un bofetón, ha sido condenado á pagar doscientos francos; y el autor dramático como autor de una herida á ciento.

Como se vé, cuesta mas un bofetón que un pinchazo.

París aumenta su extension y su belleza. El Arco de la Estrella quedará dentro de una inmensa plaza, donde concluirán ocho espaciosos *boulevares* que abrazarán á París como otros tantos círculos.

El *square* del Conservatorio de artes y oficios, está casi concluido, y forma una hermosa plaza llena de árboles con dos fuentes y una elegante verja de mármol.

En cambio los precios de las casas aumentan, y dentro de poco no van á poder vivir en París mas que las familias millonarias.

Días pasados pronunció el obispo de Poitiers en su catedral la oración fúnebre de uno de los voluntarios pontificales, de M. Giquel, muerto segun sus noticias en el campo de batalla.

A los dos ó tres dias se presentó en su palacio una persona á darle gracias con la mas viva expresion por las alabanzas que habia tributado á la memoria del difunto.

Esta persona era el mismo M. Giquel.

El asombro del obispo fué extraordinario.

Los teatros ofrecen todos los dias novedades. En el Francés se representa *La Consideracion* con muy buen éxito. En el Vaudeville, cuando cesen las representaciones de *Redencion*, se pondrá en escena una comedia de Víctor Séjour. Mr. Amadeo Rolland ha leído al comité del teatro Francés un drama titulado: *Las vacaciones del Doctor*. Ronconi ha sido escriturado en el teatro Italiano, y en los demás teatros se preparan las Revistas de fin de año. Una de ellas se titulará: *El Tiro nacional*.

En el boulevard de los Italianos ha aparecido una banda de ladrones que tienen asustados á todos los vecinos. A un vendedor de tapones le han robado 15.000 francos; á un sastre 8.000: y por una rara coincidencia, la misma noche en que se hacian estos robos, se representaba en la Ópera cómica, cerca de las casas robadas, el *Fra-Diavolo*, cuyo protagonista es un capitán de bandidos.

Para concluir nuestro artículo de hoy, darémos á nuestras bellas lectoras una receta con cuyo uso no se quedarán nunca sin pareja en los bailes á donde concurren.

Nos la ha facilitado una jóven que la ha empleado muchas veces con buen éxito.

"La que quiera que la saquen á bailar, (nos ha dicho) no tiene mas que hacer que procurar ponerse cerca de un espejo. Nunca falta un jóven que se acerque á mirar si su corbata está bien puesta, si sus cabellos están alisados. La jóven debe entonces procurar que él comprenda que ha sido sorprendida su debilidad. Una sonrisa burlona sienta perfectamente á la jóven. Entonces el caballero, para librarse del ridículo, la primera idea que concibe es la de hacerla creer que si se ha acercado al espejo ha sido para verla, y con el fin de decírselo y de no contraer una enemiga la saca á bailar.

"Las mujeres que son débiles deben combatir siempre que encuentren que los hombres empleen las mismas armas que ellas."

Probad este sistema y no quedareis sin pareja, y nosotros nos comprometemos á bailar con vosotras hasta morir de cansancio.

JULIO.

EL MURCIELAGO ALEVOSO.

INVECTIVA.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna cancion, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fé dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.

Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡suerte insana!
Entró por la ventana;
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente,
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó por recogellos.

Y Delio noticioso
Del caso, que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:

—¡Oh! mónstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna y grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?

Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada día al alba pura:
Y porque mi ventura interrumpiste
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.

La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches, se oponga á tu salida:
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.

La dueña melindrosa
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe:
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire, y se contenga,
Y bufe y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apenas toque al suelo,

Mas luego recobrado
Y del primer horror convallecido,

El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra observe atento,
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicacia
Le provoque al asalto y le dé audacia.

En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga:
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces por lo alto.

Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nós dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad ó mas cordura.

Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alcen el grito
Y te llamen *maldito!*
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan, y te ultrajen.

Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te arrimen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
(De diversion y fiesta ya rendidos)
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

Te puncean y te sajen,
Te hundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuelen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturullen.

Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones

Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori gori cantando,
Y en dos filas delante se compongan;
Y otros fingiendo voces lastimeras
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar mas sucio y asqueroso.

Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía;
No sigas, caminante, presuroso
Hasta decir sobre esta losa fría:
«Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella.» —

FR. DIEGO GONZALEZ.

REVISTA DE TEATROS.

BALON. *Deudas de la conciencia*.—PRINCIPAL.
Mackbeth.

La empresa del Balon, firme en su buen propósito de tener siempre una bomba en el aire, acaba de poner en escena el drama nuevo cuyo título va en el epígrafe; drama que venia precedido de una muy buena reputacion, y que presentaba además por garantía un nombre ventajosamente conocido en la república de las letras, el de D. Manuel Fernandez y Gonzalez; persona que si hasta ahora no se habia lanzado, que sepamos, á escribir para el teatro, lleva ya largamente ejercitada su pluma en el género de la novela histórica con general y creciente aplauso.

Muestras ha dado el autor en el drama que nos ocupa de que en este nuevo terreno no le ha abandonado su buen talento. Su obra se oye con gusto, porque está bien escrita, porque tiene una bella versificación, porque las situaciones están dibujadas con energia, porque la pasion, en fin, se presenta con vivísimo colorido; pero á vueltas de todo eso hallamos defectos graves en la conduccion del plan, y sobre todo en el pensamiento fundamental del drama.

Presentarémos nuestras razones, por si algo valen.

La accion se supone en el reinado de Carlos V. Doña Ana de Guzman, hija de un ilustre caballero andaluz, se habia prendado de un pobre estudiante, de esos que ganan su vida tañendo y cantando por calles y plazas. La desigualdad en la condicion de ámbos era un insuperable obstáculo para una union lejitima; pero en la dama pudo mas el amor que el deber, y fué madre.

El ilustre anciano, sospechando al cabo su deshonra, espia á los amantes, los sorprende; al separarlos con violencia cae mortalmente herido por la mano del infame seductor, y muere maldiciendo á ámbos. Lorenzo, que tal es el nombre del asesino, desaparece.

Han trascurrido muchos años.

Una mujer penitente es venerada en toda Sevilla por su virtud y por sus mortificaciones. Ella habita una ermita pobre situada en un soto inmediato á aquella ciudad. Ya se comprende que esta mujer es Doña Ana de Guzman, que por espacio de largos años ha rogado á Dios aleje de su frente la maldicion que sobre ella pesa. Pero su ruego ha sido vano hasta entonces. Dios no ha permitido que encuentre allí consuelo ni paz. Todavía le reserva otros dolores mas agudos aun. Vamos á verlo.

Poco despues del desgraciado accidente de que hicimos arriba mencion, Doña Ana habia dado á luz un hijo, que creciendo en edad llegó á ser otro D. Juan Tenorio en todo el esplendor de la maldad. Cuchilladas, muertes, raptos, resistencia á mano armada contra la justicia, desprecio de toda ley divina y humana: tal era la horrible historia de D. Juan de Lorenzana, al que, á falta de un apellido de familia, se le habia dado éste, compuesto de los nombres de sus padres, á saber, Lorenzo y Ana.

Acosado por el odio de sus convecinos, y deseoso además de buscar oro para proseguir en la senda de sus crímenes, el mozo habia partido al Perú con Francisco Pizarro, y acababa de tornar en el momento en que se supone comenzar la accion. Pero antes de partir se habia enamorado perdidamente de una jóven que gozaba de una alta posicion social; de la hija del asistente de Sevilla, hombre de condicion fiera y áspera, del que no habia que pensar accediese á una union que rechazarian con horror para sus hijas hombres de harta mas humilde esfera.

Hemos dicho que Lorenzana acaba de llegar, y sus primeros pasos se encaminan á la ermita de su madre. No es el amor filial el que allí lo conduce; es la exigencia de inquirir quien fué su padre. Necesita un apellido, ya que riquezas ha ganado, para pedir la mano de María. Doña Ana, sin embargo, se obstina en su silencio, dando lugar á las terribles recriminaciones de su desalmado hijo.

Pero Doña Ana averigua el nombre de la amada de su hijo y se estremece de horror. El asistente de Sevilla es el mismo Lorenzo el estudiante: D. Juan y María son hermanos. Fuerza le es á la

mujer penitente el abandonar su ermita para hacerse reconocer por su antiguo amante, para revelar la existencia ignorada de aquel hijo suyo, para impedir á todo trance la consumacion de un nuevo y no menos espantoso crimen.

Entre tanto Lorenzana, ayudado de sus antiguos secuaces, pone fuego á Triana, á donde el asistente acude con su ronda; aprovechándose de lo cual D. Juan roba á su amada, á su propia hermana, y huye con ella. Vivamente perseguido, pregonada su cabeza, se refugia con María en un panteon. Allí está el sepulcro del asesinado padre de Doña Ana, la cual tambien sigue á los fugitivos, y tras ellos llega al pié del sepulcro del que la dió el ser, cuya estatua parece renovar la maldicion que un tiempo habia aquel lanzado sobre la cabeza de los criminales amantes. Lorenzana, al verse cercado por la justicia, se clava en el pecho su daga: Maria pierde la razon, y en medio de su horrible delirio cae muerta. Este es el drama.

De propósito hemos omitido el hablar de un D. Félix, personaje puramente episódico, y con el cual pretendia D. Lorenzo casar á su hija; cosa que ella resiste al pié del altar mismo donde habia sido conducida á la fuerza. Ni el amor de él, ni la negativa de ella, ni los estériles arranques de abnegacion del galan, tienen maldita influencia en la accion. Solo sirven para llenar de palabras algunas escenas.

Emitamos nuestra opinion acerca de este argumento.

El crimen de los padres ha caido sobre los hijos: una jóven pura, tierna é inocente ha sufrido la pena de una grave falta que no fué suya, que ella hasta ignoró siempre. Esto subleva la razon. Volvemos al fatalismo griego, á la familia de los Atridas, maldecida por los delitos de sus progenitores. El autor del drama ha comprendido sin duda lo falso de la posicion en que se colocaba, y se ha armado preventivamente de una disculpa. ¡Pero qué disculpa! Un texto de la sagrada Biblia, puesto al frente de la obra, el cual dice que Dios castigará las iniquidades de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

No nos sorprende: ya habiamos visto este mismo texto sacado á relucir en otro drama, en *La oracion de la tarde*. Entonces creimos, como creemos ahora, que es escandalosamente aventurado el pretender sacar deducciones de los sagrados libros, cuando esto se hace por quien no puede ni debe hacerlo, por quien no tiene ni la autoridad ni la ciencia indispensables para darles su verdadero sentido, su sentido católico. Por eso la Iglesia tiene prohibida, siglos ha, no solo su interpretacion, sino hasta su simple lectura al comun de los fieles, á menos que no vaya comentada y esplicada dogmáticamente; único modo de que no induzca á los graves errores que perturbaron en mucho la fé ortodoxa, y que hicieron tan tristemente célebre al siglo décimo sexto. Dejemos, pues, en paz á la Biblia, y no la traigamos y la llevemos en los dramas, donde está muy fuera

de su lugar, ni pretendamos buscar en ella una disculpa á un mal argumento.

La ejecucion fué esmerada, habiendo tenido mayor ocasion de distinguirse en ella la Sra. Castillo y la señorita Castro, que es una actriz de gran sentimiento y buen decir.

El Principal ha puesto en escena á *Macbeth*, ópera no ejecutada tiempo hacia. La célebre hija de la ardiente y fantástica imaginacion del gran Shakespeare, ha sido bien comprendida por Verdi, y esta música participa no poco del carácter del autor inglés. De aquí es que su éxito en todas partes haya sido grande, si bien en Cádiz no lo habia alcanzado nunca muy estrepitoso, acaso por motivos de ejecucion.

Harto mas satisfactorio ha sido esta vez, y la obra se aplaudió y sigue aplaudiéndose como nunca antes habia logrado serlo. La Sra. Peruzzi ha sido en ella lo que acostumbra; es decir, una notabilísima artista, y el público le ha hecho cumplida justicia. El Sr. Paccini es el eje sobre que gira la ópera, puesto que, segun es sabido, ella no tiene tenor, y el bajo solo toma parte en una ó dos piezas. Producciones como ésta necesitan de un pulmon privilegiado, como lo es el del Sr. Paccini, que sin embargo no decayó en la larguísima serie de su asesino papel.

Tambien fué muy aplaudido, y con justicia. Al Sr. Boucardé se le espera por momentos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El frio es vivo; dícese que el invierno será crudo; apresurémonos á adoptar las pieles y los equipos confortables que la estacion exige.

Hácese grandes capas de terciopelo, guarnecidas de marta, que son de una belleza indescriptible.

El astracan está muy de moda para los paletós de terciopelo de lana.

La casa Lecourt, cuya fama aumenta de dia en dia, produce cosas encantadoras, así en confecciones como en trajes. Citemos algunos modelos.

Pardesús de popelina gris perla, enteramente orlado de terciopelo negro. Faltriqueras adornadas del mismo modo. Mangas de codo, vueltas con orla de terciopelo. Delante del corpiño tres lazos de terciopelo negro.

Vestido de recepcion interior.

Traje de tafetan gros negro, sembrado de ramos de violetas de los Alpes. Sobre la enagua, colmenilla de tafetan violeta formando la túnica redondeada abierta. En la parte inferior y á cada lado un lazo de cinta de pequeños cabos.

Corpiño en punta, llano, semi-montante; el mismo adorno del traje rodeando la escotadura del cuello. Por delante, dos hileras de botones de seda violeta.

Mangas de tres buches con igual adorno.

A propósito de trajes, hablemos de las pasamanerías de la casa Richenet-Bayard. Ved aquí una multitud de novedades, que desde su aparición son arrebatadas como por encanto. Todo esto es de un efecto prodigioso. Citaré algunas.

Tiras ó franjas de crochet, bordadas de cuentas finas de azabache brillantadas, y con las que se hacen bellísimos adornos.

Estas franjas se colocan en medio de las enaguas. Hay *jockeys* iguales.

Bordados y grecas.

Guarniciones de botones para la parte anterior de los abrigos.

Botones rodeados de piel; innovacion muy original y linda, aplicable á diversos usos, segun el capricho de la persona.

Otros muchos modelos existen, pero el mencionarlos á todos me llevaria demasiado lejos.

Entre las confecciones para luto que encierra la casa Saran, haré mencion de los lindos paletós de velutina, guarnecidos de Astracan, con manguito igual; de otros ricos modelos de seda y guipure; y finalmente de otros mas sencillos de paño casimir.

Veamos ahora las frescas y lindas modas de la casa Leroy-Mariton. Ya son sombreros de la mas alta distincion, ya prendidos seductores y coquetos, que hacen bellas hasta á las feas. ¿Pero á qué designar estos modelos? ¿Cómo describir tantos graciosos caprichos? Se sabe que hay siempre en los sombreros mezcla de telas, y á veces de colores. El ala es de un tamaño conveniente, el bavolet plegado y bastante ancho.

Como adorno, un gran número de sombreros de vestir tienen plumas; en otros se colocan flores. La mayor ó menor elegancia de un sombrero depende naturalmente de la clase de vestido á que se le destina.

Las flores se emplearán este invierno con profusion en todos los equipos de baile, y la casa Guélot nos ofrece en este momento guarniciones de trajes y de prendidos maravillosas.

Vuelven á estar en moda las guirnalda redondas; otros prendidos se componen de ramas aisladas.

Su forma deberia variar segun los rostros. Es menester poseer el tacto perfecto de dar á cada uno de ellos lo que mejor le sienta. ¿Teneis una cara pequeña? No vayais á enterrarla en medio de un bosque de flores. ¿La teneis por el contrario demasiado redonda? Usad un prendido algo voluminoso que tienda á alargarla en vez de ensancharla. Miraos pues á vuestro espejo, consultad á Mr. Guélot, cuya casa tanta fama tiene entre las de nuestros floristas, y escoged en sus salones.

Las máquinas de coser de Mr. Goodwin gozan de un incesante favor. Se las halla en la mayor parte de las casas industriales, en las cuales prestan inmensos servicios, y muchas familias se las proporcionan para los trabajos domésticos. Con estas máquinas se obtienen resultados que tienen algo de prodigiosos. Sirven para confeccionar los vestidos, los calzados, los uniformes militares, y de aquí hasta las obras mas finas, tales como los bordados, la ropa blanca, etc. La casa Americana se

vé literalmente invadida todos los dias por el gentío de París que admira las máquinas perfeccionadas de Mr. Goodwin, y las compra en número considerable.

Como no se debe olvidar á los pequeños, digamos algo de los vestidos de niños. Voy á describir algunos modelos.

Para niña de diez años. Traje *Isabeau* de popelina gris tórtola. De alto á bajo por delante, un sesgo de terciopelo nacarado, con dos hileras de botones iguales.

Mangas de codo y vueltas.

Otro para niña de seis años.

Traje de popelina blanca; por abajo, greca hecha con galon de seda azul celeste. Debajo de esta, plegado de tafetan blanco.

Mangas cortas, adornadas lo mismo.

Corpiño escotado de berta, con greca y plegado.

Otra. Traje de tela de lana agrisada: por delante dos tiras de terciopelo negro nacen de los hombros y bajan hasta la parte inferior de la enagua figurando delantal. En medio de estas tiras, una hilera de botones de terciopelo.

Mangas cortas, corpiño liso.

Otra. Enagua de popelina á cuadros azules y blancos. Por abajo, una tira de popelina blanca, con sobrepuestos azul celeste, diseñando una guirnalda de hojas.

Chaquetilla y chaleco adornados lo mismo.

Las mangas anchas, con un bordado semejante al de la enagua.

Este traje es para un niño pequeño.

Sombrero Tudor, para niña, en castor gris, ribeteado de terciopelo azul, y con una larga pluma rizada azul.

Este pequeño prendido puede hacerse en castor blanco ó negro, ó bien en terciopelo liso.

La misma forma sirve para niños; pero no llevan plumas largas; se las reemplaza por una garzota de plumas ríjidas blancas, ó por plumas de gallo, con hebilla de azabache si el sombrero es de castor negro.

Ved aquí un modelo elegante. Es de castor blanco, con ribete de terciopelo liso azul de Prusia. Tiene una garzota de plumas blancas, enlazada con una corona de plumas azules rizadas.

Nada mas por hoy.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gros verde con tres guarniciones de cinta ancha del mismo color, plegadas y sujetas por el centro: monillo liso alto, cerrado por botones; mangas anchas con dos guarniciones y un buche; cinturón con lazo y cabos largos con el mismo adorno al rededor: manguito de musolina liso: cuello y

puño bordados: brazaletes y alfiler oro. Adorno de cabeza, lazos de terciopelo. Guantes carne.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gros gris con cinco volantes ribeteado de terciopelo negro: monillo alto cerrado. Sobre todo de paño negro con tres esclavinas guarnecidas de pasamanería: mangas anchas con el mismo adorno que las esclavinas: manguito de musolina con puño vuelto bordado: cuello rizado: sombrero de gros gris: á la izquierda ramo de camelias encarnadas y hojas verdes: en el interior del ala ramo de lo mismo encarnadas y blancas: lazos y cabos de gros punzó: guantes carne: brazaletes oro.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA.

Vestido de terciopelo groselle con una guarnición de cinta ancha de gros del mismo color: monillo alto cerrado: manga ancha con bota forrada de la misma cinta: manguito de musolina: cuello y puño liso: sombrero de terciopelo del mismo color del vestido adornado á la izquierda de una gran pluma blanca: calzon corto y ancho: botita gris: guante color carne.

ADVERTENCIA.

Repartimos con el presente número un primoroso Almanac cromo-litografiado á cinco tintas, el cual ofrecemos como regalo á nuestras amables suscriptoras; sin que el excesivo trabajo y costo de la obra nos haya arredrado ante el justo deseo de consagrar esta ofrenda de gratitud á quienes tan constantemente nos favorecen.

Distribuimos tambien un patron extraordinario, y tres piezas de música; de modo que sobre las que estábamos obligados á repartir, se echará fácilmente de ver que hay un exceso: éste lo damos tambien por via de obsequio.

MODO DE DISPONER EL ALMANAC.

Este representa el pórtico principal de la Catedral de Valladolid. Sus puertas se cortarán en la forma que indica la siguiente figura: Cortadas y abier-

tas que sean, se pegará este trozo sobre un carton. A la parte interior del dicho pórtico, así abierto, se pegará igualmente el Santoral, de modo que por el hueco que quede entre las puertas cuando se abran, se vea este, y cerradas aquellas se oculte del todo.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—UNA MAÑANA DE MAYO, por Doña Angela Grassi.—UNA CACERÍA EN EL LÍBANO, por D. Bruno del Barco.—LA FRANQUEZA LITERARIA, Sátira, por D. Juan Miguel de Arrambide.—A UN AGUILA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—LETRILLA, por D. Victoriano Martínez Muller.—UNA LECCION, por D. José C. Bruna.—EL CONEJO, por D. José C. Bruna.—REVISTA DE MADRID, por D. Sebastian de Mobellan.—LAS ESTRELLAS, por D. José Selgas.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—EL MURCIÉLAGO ALEVOSO. Inectiva por Fr. Diego Gonzalez.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—ADVERTENCIAS.—GEOGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin de trajes para Señora.—Tres piezas de música.—Almanac cromo-litográfico para 1861.—Dos grandes hojas dobles de patrones para bordados y cortes de vestidos.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El dinero da á las gentes conocidos y parientes.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



ES, por
larco.—
Robus-
E MAYO,
N EL LÍ-
NQUEZA
Arram-
rrillo de
Martínez
runa.—
STA DE
LAS ES-
DE PA-
Invec-
DE TEA-
ODAS DE
XPlica-
ENCIAS.

—Tres
ficio pa-
patrones

OR.

y pa-

DEZ.

édica á
za de la



Imp. Maritz
293.

LA MODA
Cadiz
Ayuntamiento de Madrid



A
Este
mingos.
repartir

SUMA
por
DE U
VELA
Tour

ADV
este per
regalo u
visto lo
poderse
zoso der
cuadern
manac
comun.

Dec
nos an
de ter
nunca;
una nu
peranz
segun
no solo
no poc
próxim
que se
sella, c
barcad

Pero
se nue
del sá
tuvo e
disting
va, tot
hasta a

Acie
presa e
que la
hacer
racion
La A